

**UN
ASUNTO
DE HONOR**

II

EL CLAVEL

Y

LAS ROSAS

ROGER MENDIETA ALFARO

UN
ASUNTO
DE
HONOR

A Carmen,
con amor

UN ASUNTO DE HONOR

Pronto aparecerá, dijo Calixto García. Juró que vendría al amanecer y creo que viene. Sonrió viendo la entrada del llano.

Se limpió los ojos con el revés del puño. Todavía sentía cierto escozor de la noche. Le había puesto tanta mente al asunto del duelo, que la vigilia le llevó dando tumbos hasta la madrugada con la preocupación del mal pensamiento en el alma de un hombre bueno. Le pareció que había comenzado a dormirse con los primeros cantos de gallos en el vecindario. El no estaba acostumbrado a escuchar los gallos porque dormía como un tronco, como una boa. Pero esta vez fue distinto, con tantas cosas desagradables que recordar. Con esos pensamientos negativos de nada le valió que hubiese dormido como Dios manda toda su vida. Y no era exactamente que él fuera un faltar de experiencias. ¡Qué va! En su historia tenía verdaderas hazañas de valor. Por ejemplo: en sus días de patriota al lado del General Amamerto Fuertes, el caudillo de los conservadores y durante esa derruida paz de que hablan los dictadores en los tiempos de persecución de los enemigos políticos, cuando le tocó enfrentarse a las despiadadas patrullas de Zamora. Pero hoy, era otro el caso y esto constituía su verdadero problema. Según su manera de examinar el asunto, este algo le traería disgustos, Insatisfacciones de conciencia: un persistente hormigueo que no le dejaría tranquilo el resto de sus días.

Se preguntó si no se estaría volviendo loco, o pendejo; lo que sería peor aún, porque las suyas eran sensaciones que jamás habían tocado los linderos de su orgullo, de su gran decisión de hombre.

capaz y valiente. Pero uno no sabe, se dijo con disgusto, con temor, hasta dónde los huesos cambian y el miedo se apodera del hombre viejo. Pero volvió: ¿Temor o qué?. Respiró tan fuerte que le vibraron las aletas de la nariz. Resopló como uno de esos potros salvajes que otean el peligro inmediato y alzan el cuello y relinchan listos a conjurarlo. Pero él no era ningún potro salvaje que pudiera hacer prevalecer su fuerza contra los otros de la manada, sino que un hombre viejo con un inmenso amor por la casa, la quietud y el salobre otoño de la vida.

2

A él no le importaba morir. De ello no tenía la menor duda. Lo que sí le importaba era su orgullo, su casta, porque primero es el honor, la familia. Eran como su pasión, como su religión en donde Dios comenzaba a tener vigencia, aunque no estaba muy seguro desde dónde, ni cuándo fue la primera vez que sintió la experiencia de ese Dios permanentemente suyo, familiar, que le hacía vivir en paz consigo mismo y con los comuneros del llano. Y de esta paz y tranquilidad tenía ratos, hasta que surgió la tentación, esa lucha sofocante y la punzante incitación a la ira.

Era extraño. Pero desde que llegó a lo alto del cerro, el sitio justo señalado para el duelo, se sintió sobrecogido por una silenciosa comezón que le hacía sentirse como con alas. Tuvo desconfianza de esta sensación. Cuando alzaba los brazos y los estiraba examinándolos a todo lo largo, como si estuviese haciéndolo con el calibre de un fusil, dudaba de sus fuerzas, de si podría sostener el machete el tiempo justo, necesario, en el combate. ¿Quién sabrá?, saltó la pregunta en el aire. Y se quedó como mirándola, cual si fuese una pelota de beisbol que sale disparada en las profundidades de un estadio. El tenía la idea de que veía las palabras, las hurgaba por dentro, las acariciaba y las podía retorcer si este fuera el objeto de su deseo. Claro que el viejo no hablaba en términos literarios que de letras no entendía nada, pero si en el sentido oculto, misterioso de los fenómenos del campo que no tienen lógica explicación pero que resultan y se ponen en práctica con frecuencia. Y después de la búsqueda de la respuesta que no llegó jamás, escurrió su mirada por el lomo de los cerros en donde los rayos de un sol mañanero hacían sonajas iridiscentes entre las espigas de los cañaverales.

Y se quedó pensando.

Había que ser sincero, realista, para poder medir las consecuencias. Pero, ¿qué consecuencias?. Sólo había una manera de lavar el honor: arreglar las cosas con hombría. Y se confortó a sí

mismo: no importa si él me mata; así por lo menos habré muerto por defender mi honor y mi nombre. Pero, ¿y si yo lo hiciera?.

Hubiera querido ser más joven, casi un adolescente en este caso del muchacho. Y no siguió pensando más porque la sola idea le aterrorizaba, le llenaba el corazón de tristeza. Y ahora ya no contempló los estallidos reverberantes de las sonajas mañaneras sino que sus propios músculos, su arrugada piel y los repetidos nudos de sus arterias en donde la sangre parecía cansada de fluir sin cesar, como esas quebradas que antes fueron ríos y que las va secando el tiempo.

Definitivamente no era el mismo.

Pero, qué raro, se dijo, si hace apenas pocos días yo no pensaba en este asunto; no me detenía a explicarme estas cosas. ¡Ah! Pero todo en la vida cambia. Uno no sabe cuándo, pero todo cambia. Uno mismo cambia.

Bueno. De todas maneras estoy aquí. Para mi mal o para mi bien. Pero lo primero es el honor, la familia, pensó en la obsesión. Yo diría que este sentimiento es punto de referencia, exacto de partida del amor. Es a lo menos en cuanto a mi mismo toca, aunque me atrevería a afirmar que nos abarca a todos. Sostenía mi padre que cuando la familia se separa se diluye el amor, se diluye la sangre. Parece una tontería eso de pretender que se diluya la sangre, pero algo de veraz deben tener el fondo de estas reflexiones porque se han visto cosas tan tristes en estos días.

Si no fuera porque sólo estoy conmigo mismo, cualquiera me echaría en cara mi miedo, y naturalmente esto me obligaría a sentir vergüenza. Ya siento vergüenza. Algo le cosquilleó en el interior y pareció despertar, porque era como si una mágica ensoñación estuviese estropeando su realidad. Se le llenó el rostro de rubor porque ya estaba olvidándose del duelo. Entonces, volvió los ojos hacia el camino que daba a la entrada del llano en donde esperaba que apareciese el muchacho. Luego, haciendo como un examen de sí mismo, se preguntó con cierta intención que no sabía qué fuese: ¿Qué sería de mí si me hiciera el pendejo, el yoquepierdista? ¡Tal vez viviría un poco más!, se respondió avergonzado. Pero, ¿para qué sirve el que un viejo viva un poco más si no da el ejemplo?. El tenía fama de ser espejo de hombría de bien, a quien debería rendírsele el sombrero. Pero sintió que esta vez algo estaba fallando.

Se preguntó por la hora. Desde que llegó al lugar del duelo, el tiempo transcurrido le había parecido un siglo. Luego se corrigió: tal vez no fuese nada, pero ¿quién puede medir otros tipos de tiempo:

el tiempo-ansiedad, el tiempo-amor?. Claro que nadie. Y sonrió cuando notó que el sol apenas comenzaba a desplazarse sobre el cerro del fondo. No recordaba exactamente cuántas veces había visto subir el gran círculo dorado por ese mismo lado, y mientras lo hizo, tuvo tiempo de asociar que ciertamente era temprano y que el muchacho estaría en camino. Se le ocurrió que se mantenía como un perro dando vueltas alrededor de su pena, y que algo debería estar fallando en su interior, en su hombría, porque se sentía abandonado de sus fuerzas y solo tímidamente dispuesto a enfrentar el asunto. Se juntaban dentro de su alma las ráfagas de coraje y las de ansiedad.

Pensó en los consejos de quienes le testimoniaban su amistad, su hermandad como era la costumbre entre gente de cepa. Pero se preguntó si las reflexiones de Gumerindo, quien era como hermano de leche, y que en tantas alegrías y penas le había acompañado, no eran acaso una forma de sugerirle, de decirle en otras palabras de que ya era un hombre viejo y sin fuerzas. Y un centenar de ideas más acerca del temor, del orgullo, de la buena fe, continuaban tamborileando en sus sienes. ¡No! ¡No puede ser!, reaccionó con pasión, con ardor que le llenó los ojos de lágrimas. ¡Entre más viejo un hombre, más a toda prueba debe estar su honor! ¿Por qué diantre alguien te va a venir a echar por el suelo lo tuyo, lo que construiste con tu propia sangre?.

Se asomó por encima del cerco para apreciar mejor el camino e insistió en ver sus músculos, darles vuelta con los ojos como si fuesen un objeto. Recordó haber oído o leído algo sobre el miedo o la prudencia, como le llaman algunos. ¡Ah, sí! ¡Ya recuerdo!. La sangre del potro huye de los ojos cuando éste se espanta y tiembla, y la vaca no da leche, la ubre se le cierra como con llave. Reflexionó sobre las pesadillas que le habían atormentado las últimas noches. A través de ese misterioso contubernio del miedo y el honor, sospechó que algo había mordido su piel, lo había penetrado y se había quedado dentro. Ya no soy Calixto, se lamentó. Tengo mis dudas de si siempre fui así, o sólo es la emboscada momentánea que me tiendo a mí mismo, porque todo comenzó con la ofensa de ese muchacho, de ese sin madre.

Se sentó en cuclillas y comenzó a escribir en el suelo un nombre de muchacha: Flor de María. Sonrió amargamente mientras borraba la parte superior de la e que sobresalía en forma antiestética y le quitaba gracia a la intención. Juntas la efe y la ele parecen un saltamonte, susurró, y yo lo que pretendo hacer es el nombre de mi muchacha y no algo que se parezca otra cosa, sonrió. ¡Ah, mi muchacha! ¡Cómo cayó con ese pendejo!. Sintió que sobre las rugosas mejillas las lágrimas dibujaron un camino, y puntitos de quien sabe qué cosa hicieron cambiar el color de su

cotona lila, dominguera. Se imaginó todo él, de cuerpo entero, como si estuviese viendo la reflexión de su imagen frente a un espejo, o viviese un ensueño de escenas reales, sorprendidas.

3

Si me hace morder el polvo lloraré de rabia, y si salgo triunfante le humillaré. Haré que me pida perdón. Se mordió los labios. Poniéndose de nuevo como un tigre al asecho de la presa, volvió la vista al cerco. Ya debiera estar aquí. Por lo alto del sol, son como las seis. A esta hora, alguien debería estar muerto, tieso bajo cualquier condición hasta que lo decida el vencedor. Y agregó en voz alta, mirando directamente al astro: ¡Qué cosas! Cualquiera pudo haber escogido esta mañana para arriar el ganado a una capada, o para montar un buen potro y correr por el llano. El resto de lo que extrañamente quiso expresar a toda voz no lo dijo, sólo lo pensó. Y continuó: ¡Qué bruto es y qué injusto! Pero alguien tiene que comenzar a derribar esta selva en la que se ha convertido el pueblo con este hombre. ¡Nos ha humillado a todos!. Lo repitió varias veces, seguro de sí mismo, como si hablara a un grupo de ciudadanos en el centro de la plaza, o en las audiencias del Juez, o dentro de la Oficina del Comandante. Estaba tan obsesionado con su dolor que tuvo la certeza de que el asunto suyo era un problema público, de la comunidad, y en el que todos los vecinos deberían estar involucrados, transformándose en justicia y condenación de aquel vergonzoso delito.

El honor no tiene precio. Este pueblo me vio nacer. Aquí están enterrados los huesos de mis padres y ellos son el sostén de nuestra honra. Con su ejemplo he edificado lo que llamo Mi Castillo Encantado. Y desabrochándose la parte superior de la cotona se colocó el puño cerrado sobre el corazón. Le haré que se incline ante mí, le pondré de rodillas y le mataré. No existe otra manera de hacer las cosas, de borrar la afrenta. Ese desgraciado ha humillado lo mejor de mi sangre. Es como si me hubiese cortado un brazo, porque desde aquel ruinoso día me siento manco y la infelicidad me quita el sueño.

De pronto había venido sintiendo como que una corriente de valor, de temeridad, se hubiese metido a todo lo largo de su espalda y se le agolpara en la frente y en el corazón. ¡Ah! ¡Qué bueno que es Dios!, respondió confiado, tratando de atar la fe a su espíritu de hombre herido, de vengador. Podrán decir cualquier cosa de ti, pero no que eres un cobarde o un traidor, porque eso de olvidar la sangre es avergonzarse de ella cuando la sangre vale. Es como traicionarla, repitió, sentándose de nuevo en cuclillas y continuando con la escritura en el suelo: es mi Princesa.

Pronto vendrá. No importa que tarde un poco. No permitiría que faltase a la cita porque él es la única medicina para curar mi angustia, y si no viene le perseguiré hasta el fin del mundo.

4

Le latió el corazón a prisa.

El caballo relinchó oliendo el aire desde donde le llegó sudor de hembra. El polvo del camino se alzó en pequeñas oleadas a todo lo largo de la alabrada, y se le hicieron perceptibles los golpes de los cascos atravesando el puente. Se sacudió los hombros y alzó la cabeza como el felino que otea la presa. Luego se reclinó sobre sí mismo e hizo un registro de los brazos hasta donde tenía arremangada la camisa que le había regalado su Princesa en Navidad. Se la había estrenado con amor, tal y como se lo prometió: en un día muy importante. Y por si no tenía tiempo más adelante, es cogió el del duelo, que de ahí al futuro si quedaba algún otro ya no sería especial. Era lo que pensaba Calixto.

Sonrió. Siempre sonreía cuando estaba a solas ante lo que le parecía un problema sin solución. Sonreía como burlándose de sí mismo, como echándose en cara que algo andaba mal y no precisamente por su culpa. Ahora más que nunca estaba convencido que la vida era capaz de tenderle emboscada aún al más pintado cuando menos se lo esperaba. ¡Ah! ¡Están arrugados y viejos como rama de chilamate que la carcomen los parásitos!, dijo en alta voz, hablando de sus brazos como si estuviese respondiendo a alguien. Se percató que le temblaban las piernas y las uñas de sus manos estaban blancas, sin sangre. Dudó de su vigor físico, pero no de su carácter, su hombría, aunque pensó que algo andaba trastabillando en su interior. Quedó observando el caballo que se movía inquieto junto al cerco. Se le acercó, hablándole junto a la oreja: Te vas a quedar solo. Viéndolo de frente y acariciándole el copete coquetamente rasurado, descubrió su alargado rostro en las pupilas del animal. El gran rostro enorme y el resto del cuerpo que se alargaba hasta tocar un punto del suelo. ¡Qué idiota eres! ¡En lo que te fijas al borde de la tumba!, le protestó a su propia imagen y sonrió. La bestia resopló las narices y dio unos golpes con el casco derecho como una repuesta a la voz del viejo, como si hubiese percibido algo.

Repentinamente vio que la polvareda en el camino se le hacía más cercana. Podía respirar el olor a tierra humedecida por el rocío de la madrugada. ¡Qué cosas!, exclamó en voz baja. Comparó mentalmente el tropel de la bestia en que el muchacho montaba, con el redoblar de un tambor, y recordó los fusilamientos en el Cementerio

del Apóstol durante las guerras entre liberales y conservadores. El también había dado algunos pasos hacia el paredón y había sido perdonado en última instancia por el pelotón de soldados al mando del Capitán Carrera. ¡Tambor es preludio de fusilamiento!, le susurró al animal, y continuó viéndose siempre retratado en los ojos del bruto. ¿Qué dirías si me muriese?. El animal sacudió la crin como si estuviese entendiendo. El viejo tenía la certeza de que los animales presienten los estados anímicos del amo, y por ello no le sorprendió la reacción de Blanco. Apenas eres un salvaje, agregó, acariciándole el cuello y buscándole uno que otro mazate en las ancas para vengarse del bicho y destriparlo entre sus dedos.

—Vamos. Creo que llegó el momento, dijo entre dientes, porque oyó chirriar el pivote del portón del potrero y el caballo relinchó una vez más, golpeando la grama con los cascos.

5

—¡Ajay! ¡Ajay! ¡Aquí estoy, viejo pendejo!

El grito amenazante, de reto, le llegó con claridad, a poca distancia del viejo. Giró sobre los pies y vio asomar el rostro del muchacho por entre las rocas que servían de cerca al sitio del ordeño. Fue saliendo poco a poco, como si temiera una acción reprochable de su rival. Pero Calixto pensó: No me conoces, sinvergüenza para que dudes de un hombre de honor, de un caballero de palabra. Y esta sola actitud le llenó de valor, de furia. Y podía darse cuenta con qué clase de contendor debería verse las caras.

Vio acercarse al muchacho. Pensó que era fuerte. Juntaba cierta condición de buen mozo a una decidida arrogancia de vencedor. Comenzó a medirle de pies a cabeza. He tendido a muchos, pero no sé si a éste, se preguntó. Y de pronto, dudó de sus fuerzas, no de su valor. Luego se preguntó si tal aprensión no tendría como arranque el hecho de que el Don Juan hubiese golpeado primero, atropellando su prestigio, burlando su honra. Casi no veía al muchacho. Se le había vuelto como una sombra descomunal, una pesadilla en un mundo que no era el suyo, aquel al que en los últimos veinte años se había acostumbrado. Tenía el revólver al cinto y la cutacha colgada de su hombro, esperando por lo que decidiera el fantasma, el espectro que tenía en frente. Alguna posibilidad tendría con cualquiera de ellas que él no era un manco. Y vio que poco a poco, como en una ceremonia salvaje, el orangután comenzó a golpear el suelo con la cutacha, a enseñar los dientes y a pretender asustarle con frases salidas de tono.

Y aquella amenaza penetró toda la existencia del viejo, como penetra el golpe de gong en el sistema nervioso de un intoxicado

con estricnina: "Te voy a joder, te voy a joder, te voy a joder", mientras giraba a su alrededor y hacía gala de su habilidad con la cutacha. Pensó que quizás más le valiese callar que contestar las obscenidades con que el rufián acompañaba sus intentos de herirle, de ponerle fuera de combate. ¿Para qué hablar? A fin de cuentas, no quedaba mucho tiempo para hacerlo y en cuestión de minutos, se sabría quien tendría la razón: la fuerza o la experiencia.

—¡Ajay, viejo hijueputa!. Y acompañó sus amenazas con un golpe a fondo que hirió el aire encima de la cabeza de Calixto.

El matón siguió dando vueltas y saltos alrededor de él, tratando de ponerle en ridículo, intentando jugar con él como el gato juega con su presa. Uno dos, tres tiros seguidos y a fondo, que se detuvieron en la cruceta de la cutacha de Calixto. Sintió que la sangre se le helaba en el cuerpo. Se helaba y se encendía de nuevo en una extraña transmutación que parecía suspenderle en el aire sobre la imagen y la voz de su contendor, sobre sus músculos y su cutacha.

"¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡No permitas que me convierta en el hazmerreir de este desgraciado! ¡No lo permitas!". Le pareció como si un gigantesco grito hubiese brotado de su interior, pero comprendió que estaba con la boca cerrada que no podía dar señal de debilidad ante el muchacho.

—¡Ajay! ¡Ajay! ¡Entra, viejo cobarde!.

—¡Dios mío! ¡No olvides! ¡No olvides!... Las últimas frases las dijo con confianza, con fe. Se percató que algo había comenzado a suceder en su interior y se le dilataron los músculos, abrasándole un escozor volcánico que incendió su pecho, su corazón. Pronto sintió como si nada le importase lo que estuviese aconteciendo más que el resultado final: la humillación total o el triunfo de su honor sobre la osadía y el desden del muchacho.

—¡Ajay! ¡Ajay! ¡Viejo de mierda!.

La voz le llegó más sonora, más real. Tras la ira verbal vino venir la cutacha como aspas de molino girando en el aire, y con la cruceta detuvo el golpe. Un nuevo intento le pasó rozando el hombro izquierdo, y como gamo joven saltó el viejo hacia un lado, fuera del alcance del muchacho. El corazón le latió en el pecho con violencia y ríos de sudor cruzaron su cuerpo por todos lados, bajaron por las piernas hasta los tobillos y le llenaron de humedad las botas.

"¡Ya no le temo, Dios mío, pero aunque no le tema dame tu ayuda!". Pensó que seguramente ya la tenía porque el temor habla

abandonado sus músculos y clarificado su cabeza. Mas, un nuevo grito del muchacho hirió sus tímpanos, y un hilillo de sangre manchó su hombro.

—¡Ajay! ¡Ajay! ¡Ajay! ¡Ah! te va el otro!

En segundos que le parecieron siglos, el viejo se palpó el hombro y apretó los puños con fuerza. La energía, la decisión, aún estaba en su mente y chisporroteaba con fe por todos lados, como una quema en el llano.

No me matará este maldito. No se saldrá con la suya, pensó, mientras continuaba deteniendo uno y otro golpe de cutacha que intentaba penetrar su guardia, demoler su instinto de conservación. El viejo Calixto seguía oyendo las amenazas de muerte que le venían como en eco lejano, pero bien precisas, determinantes.

De pronto se le ocurrió que aquel duelo era como juego de cartas. El llano como una gran mesa donde los apostadores se repartían la suerte, y él, Calixto García tenía entre las manos una Escalerilla en Flor o algo por el estilo. Eso es ni más ni menos tener el honor a toda prueba, se confortó. Además, el muchacho jugaba con cartas marcadas y esto lo sabía él. Ya se llegaría el momento si Dios no lo abandonaba, de ver desplomarse al truhán, al desgraciado que, había enturbiado su paz y colocado cadenas a sus tobillos en los últimos años de la vida, cuando el hombre busca sinceramente liberarse del estercolero.

—¡Ajay! ¡Ajay! ¡Ah! te voy a dar!, rugió el muchacho en el centro de una gran carcajada con los ojos inyectados de sangre.

Se lanzó sobre el viejo lleno de diabólica furia, hecho un infierno, con golpes mortales: uno tras otro cutachazo. El pecho resoplando como fuelle y el arma silbando en el aire.

¡Señor! ¡Señor! ¡No olvides mi promesa!, susurró Calixto. La noche anterior al duelo que ahora le parecía lejana, había hecho alguna promesa al Cristo del pueblo.

—¡Toma, hijo de puta! enfatizó el muchacho.

Y ambos contendores se trenzaron cuerpo a cuerpo, en donde las manazas del viejo dieron un golpe seco en la frente del muchacho. Saltó la cutacha de las manos y tras ella Calixto como el tigre que calcula el momento preciso de hacer suya la presa. La punta de la cutacha estaba suspendida a escasos centímetros de la yugular, y un raro escozor de muerte invadió el rostro, los ojos y el cuerpo del muchacho. Inmóvil, permanecía como clavado en

la tierra, boca arriba temblando. Los ojos casi fuera de las órbitas entre lastimoso lloriqueo.

—¡Ajay! ¡Ajay!, por fin habló el viejo con una sonrisa de temor, de malicia. Y quedó observando el rostro del muchacho. Los trazos de orgullo deshechos por el pánico. No era necesario escucharlo para saber que estaba pidiendo perdón ante lo que podía ser su última oportunidad. La mirada del viejo se clavó aún más fuerte, más incisiva sobre el guiñapo suplicante. Y aunque el filo del acero permanecía suspendido sobre la yugular, Calixto volvió sobre sí, haciendo una regresión de su propia vida, de sus aventuras de tigre joven, de amenaza. Pensó que no cabía duda. Ese muchacho que estaba a sus pies era él, Calixto. Examinó nuevamente sus brazos, sus músculos. Sí era él. Y dio media vuelta, montó en su caballo y se fue.

Managua, Marzo 1969.

LA HORA DEL ECLESIASTES

Había un solo amo, un solo señor, un solo juez, un solo padre, un solo amante, un solo jinete, un solo orador, un solo poeta, un solo nadador, un solo montador de toros, un solo azucarero, un solo aviador, un solo economista, un solo bello, un solo banquero, un solo general, un solo predicador de la verdad, un solo padre de la patria nueva, un solo arquitecto de la unidad.

Así fue él.

Y cuando entregó su alma al Creador, todo mundo bailó en el Malecón de Santo Domingo y en el resto de los rincones de la Isla, porque solamente él era el hombre y los demás como el eco de su soledad dorada. O quizás peor aún: el eco se convirtió en un solo todo verdadero por falta de huevos calentados en La Hora del Eclesiastés.

Para este relator de aquella pesadilla, fue sorpresivo visitar el barquito con el nombre de Angelita, que había sido adquirido de un tal Mr. Davis, ex-Embajador del Imperio en las tierras del Caribe. En una de las gavetas de la mesa de noche que amoblaba el dormitorio del Gran Difunto encontré una latita de bicarbonato de soda. Sonreí cuando me imaginé la enorme sorpresa que se llevó el pueblo dominicano cuando se dio cuenta que el Generalísimo padecía de cosas tan primarias como complicados desarreglos digestivos. Además de que aquel pobre diablo no era inmortal.

Y todo, porque los huevos no fueron calentados en La Hora del Eclesiastés.

Estellé. Marzo de 1973.

EL CORREDOR DE BOLSA

A Mariano Morales

Sonó un tiro en la azotea y la gente comenzó a murmurar en el lobby del hotel, porque la noticia explotó como pólvora seca recién fabricada. En el bar, por el restaurante y la piscina, dentro de las oficinas y los servicios higiénicos, los comentarios acerca del suicida anduvieron de boca en boca. El fabricante de muebles, el Gran Coyote de la Esquina de los "Shark's Money", el fiador del pagaré de los cien mil pesos y los representantes legales de las agencias bancarias estuvieron al punto en el Cuarto No. 13 del Hotel Amor, en la Calle de la Muerte para arreglar el asunto de los papeles y hacer el cobro del Seguro de Vida. Y hubo para todos, porque las letras estaban claramente establecidas en el Documento respectivo. El notario distribuyó los pagos y el Gran Coyote se fue lleno de felicidad con sus billetes correctamente contados, uno por uno. Los apoderados de los bancos salieron con una sonrisa en los labios, y todo mundo dentro del negocio de la Bolsa de Valores se sintió satisfecho. Aún para el Médico Forense y el Juez Local personados ante el suicida de la Calle de la Muerte, hubo juergas y sonrisas pagadas con los honorarios del hombre del Hotel Amor, aunque algunos de ellos siempre recordarán con temor aquella indignación de su cliente contra los espejos, aquella destrucción total de todo lo que reflejara su imagen, aquel temor profundo a la soledad.

Managua, Abril 1970.

EL INCIDENTE

—Juro que te amaré siempre, dijo el muchacho.

Ella suspiró y se quedó pensando. Todo había sucedido tan de repente.

—Pongo por testigo esa luna y este mar inmenso, insistió entre dientes sacudido por una ráfaga de pasión, de impetuoso deseo.

Ella sintió que algo conmocionó su cuerpo arisco y rebelde que fue deshaciéndose en la punta de su mano derecha hasta perderse, en los puños aferrados del muchacho.

Habían caminado por la playa dejando atrás las cabañas de los pescadores. En sus pies desnudos, destellos fosforescentes hacían telarañas de arena. Los caracoles huían espantados, veloces en todas direcciones. Y uno que otro pájaro marino brillaba en la noche graznando.

—No deberías jurar. Eres muy joven.

El no encontró frases con que continuar el coloquio. Sólo se quedó mirando la luna.

—Podrías arrepentirte—. Y no es de hombres eso.

Pensó que quizás lo dijo por decir. Realmente no había concluido algo edificante, lógico, congruente con su situación de hembra madura. Sin embargo, se confortó ¿qué más podrías hacer?.

—¡Créelo que te amo!.

Las palabras del muchacho cayeron como lluvia fresca sobre su naturaleza feraz. Detuvieron el paso y él comenzó a besarla en las manos, en los brazos. Estaba sorprendido de que la felicidad

llegara tan repentinamente. Era verdad lo que ella argumentaba. Apenas tenía diecisiete años vírgenes dentro de una soledad sexual que comenzaba a incomodarle. La conoció aquella misma tarde frente al estero junto a una puesta de sol. Y algo había acontecido. Palpó los senos jóvenes y ella se estremeció. Era la primera vez. Al fin divisaba un horizonte. Luego se sentaron sobre la arena bajo el mugir del viento.

“El amor es como el mar. Ruge como ola embrevecida. Estalla como tormenta”, pensó él.

“Tendrá unos quince años menos que yo. ¡Qué bello es!”

—¿Sabes? Me gustan las mujeres como tú.

Lo balbuceó pensando que le entendería. Jamás antes se había atrevido a decirlo con otra. No había habido otra. No sabía mentir. Tal vez ni le creyera que no era experto en estos trances.

“¡Qué linda mentira!”, pensó ella.

Se dijo que un muchacho debe hacer cualquier cosa y le satisfizo que lo hiciese. Nadie antes le había hablado de esa manera. No recordaba haber escuchado esa adorable dulzura. Y se dejó embriagar por el amor, sintiéndose como una vela encendida.

2

A la mañana siguiente, se desnudó totalmente ante el espejo. Giró sobre las puntas de sus pies mientras contemplaba los hermosos senos florecidos. Su cuerpo no tenía frío.

Octubre 1968.

EL HOMBRE Y EL RIFLE

Ahora sí tenía la certeza de que se estaba muriendo irremediablemente. Las piernas y el torso poquito a poco se habían vuelto insensibles, y su punto de referencia con la vida, era la luz de su mente todavía muy clara, muy llena de energía. De pronto, sintió deseos de dormir, de que por fin nadie le molestara. Eso de andar subiendo cerros — se dijo—, rifle y mochila al hombro, era ya bastante para él. Después de todo, había tenido la oportunidad de luchar, disparar el fusil casi cara a cara contra los soldados del Dictador y se sintió orgulloso y feliz. Experimentó la sensación de haber contribuido en algo.

Ahora estaba ahí, abandonado en la oscuridad, pensando en que a lo mejor la mañana siguiente le encontraría todavía despierto, con esa luz que no le dejaba en paz. Sabía que si los soldados del régimen le encontraban con vida, se gozarían destruyéndole resucitándole para no malograr la tortura, asesinándole al final como a un bandido cualquiera. Cómo él mismo había pensado jamás que debería morir un hombre.

Y esta era su idea central.

Por ello acariciaba el fusil como a una mujer contra su cuerpo, aunque no sintiese nada. Eso sí, en la lucecita abierta de su mente, el sólo pensamiento le producía cierta sensación de dicha casi sexual. Y de pronto experimentó la seguridad de que aquella noche el rifle era su amante, y lo comparó con la mejor de todas. Y una serie de pensamientos de los más absurdos para cualquier otro que no fuera él, se le agolparon en la Imaginación. Hubiese

querido desnudarse y acostarse con el rifle y soñar como si fuera ella, porque para un soldado en tal condición el rifle es primero. Un M-1 fiel y dispuesto. Mejor aún: Dios y el rifle, o viceversa,

2

Con su lucecita mental quedó escuchando su abandono. Las gotas de lluvia sobre las hojas le sonaron a golpes de tambor en la lejanía. Soldados que estuvieran tocando a diana, y sonrió. Recordó la banda de guerra en los desfiles del Colegio, en donde él siempre fue el bombo, el tambor mayor. Y repentinamente, las gotas le sonaron a bombo. Cada una sobre la hierba seca. El impacto como cañonazo siempre lejano, y sorpresivamente subiendo, como estallidos cercanos de granadas de tanques en la noche.

Y se quedó dormido.

Varios hombres le interrogaban amenazantes, iracundos, llenos de sorna. Los rostros como de animales ponzoñosos. Alacranes, serpientes, gusanos que se retorcían gesticulando. Él creyó que ellos estaban revelándole su interior, enseñándole su alma. Esto le llenó de terror.

"Comunista, le gritó el que tenía cara de gusano.

Y quien usaba cara de alacrán amenazó con colgarlo de los testículos como si tuviese envidia de ellos, jurando que le aplicaría un lavado de chile en el ano. Al cara de culebra le chorreó la baba como a un perro. Rió con cinismo y se sacó el sexo lleno de aberrante lujuria.

"Estás en nuestras manos", le amenazó.

"Comunista ", le señaló el cara de culebra.

"Fascista, hijueputa", le increpó el cara de alacrán.

"Comunista, comunista, voy a hacerte tu expediente", se carcajeó el Juez de Distrito.

Y en la oscuridad letal de su sueño, pensó de pronto en los hijos del culebra, y en la mujer del alacrán, y en los problemas de pobreza del gusano. Entonces le pareció gritar:

¡Eh! ¿Y tú? ¿Y tú? ¿Y tú? ¿Quién diablos eres?"

Y en ellos vio retratada, representada la gran injusticia y el gran

patrón que no era comunista, pero que oprimía y golpeaba como si lo fuera. ¿Y tú? ¿Y tú? ¿Y tú?”.

Y no pudo más porque en el sueño, un torrente de sangre saltó de los grifos abiertos en su abdomen.

3

La mañana le encontró despierto. Era lo que temía, aún cuando se sintió alegre, confiado. Observó sus piernas lejanas y las palpó con la mira del fusil. Segufan igual que la noche anterior lo mismo que el torso. Comenzó a golpearse el pecho con fuerza, cada vez con mayor violencia. Tenía la esperanza de que algo pudiera ocurrir en su interior, pero nada. Le pareció percibir que el corazón latía más a prisa. Tuvo la sensación de un reloj despertador muy cerca de su cama con el tic tac dándole en los oídos. Cuando algunos rayos de sol traspasaron la espesura, comenzó a buscar rastros de los otros. Alzó los ojos hacia el estrecho del río en donde había sido el combate, y descubrió los mismos cadáveres que permanecían tirados entre los charrales y la humedad, como jóvenes soldados que estuviesen descansando después de una noche de farra ardiente y tormentosa. De pronto, algo le hizo estremecer de terror. Sobre el rostro del Comandante de la Columna a escasos metros de él, una serpiente yacía dormida mientras intentó engullir la mano derecha, como si se hubiese cansado de hacerlo y esperara continuar de nuevo. Entonces tomó el revólver y apuntó al reptil en la cabeza. El disparo la hizo saltar en el aire a la orilla del Comandante.

4

—Pronto vendrán los soldados del Dictador, susurró.

A traves de la guerrilla siempre observó que se aparecían después de un intenso bombardeo, pensando en que todo vestigio del enemigo había sido destrozado. Y entonces, el temor a ser capturado vivo se volvió más latente. Envidió sinceramente a quienes estaban desmañados, sin nada en los ojos, sin penas ni deseos. Volvió a posesionarse de él la incertidumbre: La idea de la tortura. Le hablan narrado muchas veces que los enfermeros inyectaban adrenalina a los moribundos para hacerles volver en sí, y que este era el minuto preciso del interrogador para extraer algo como se extrae un carcinoma a los ojos del paciente bajo una anestesia raquídea. Claro, lo importante era buscar algo, escribir un historial. Y él no sabía nada de nada. Le había cogido la pasión de la guerrilla en el hilo tenso de la juventud y lo entregó todo sin preguntar nada.

"Nunca le he tenido temor a la guerra justa", pensó.

A los tiros, las emboscadas, eran asuntos que no temía. Pero eso del odio, de la tortura no eran más que justificación de cobardía, y eso sí a él, el solo pensarlo le sacaba chispas de la columna. Entonces fue que decidió el fin.

Con dificultad colocó la mira del rifle en la única boca de entrada en el estrecho río. Tomó varios magazines que le quedaban y los colocó a su lado derecho, bajo el costado. Multiplicó: ocho por ocho sesenta y cuatro, más los que tengo en la bandolera suman ciento veintiocho. Voy a disparar dieciseis. Y luego se quedó pensando. Se le ocurrió que podría terminar consigo mismo. Darse un tiro en la sien y todo quedaba concluido, pero tenía ciertas ideas acerca de Dios, del más allá que le habían inculcado de niño.

5

Descargando dos clips sobre un tronco en el río, la montaña se llenó de estruendos. En la lejanía sonaron de nuevo las ametralladoras del dictador. Los disparos se fueron haciendo más abrumadores y más cercanos. Sonrió porque había logrado lo previsto. Ahora sólo me queda esperar un poco, se dijo. Y esperó.

Managua. Cárcel de la Blindada. La Loma 1959.

EL MITIN

—A los grupos de los cartelones los debe jefear Churepo y Lagarto —dijo el Presidente del Comité—. Ellos tienen experiencia, agregó con gesto de sabelotodo.

—Los tenía señalados para otro asunto, protestó el Gordo Bocón.

—Búscate a otro. De todas maneras no creo que haya gran cosa. Casi siempre no hay ni mierda.

—Esta vez podrían llegar los soldados del Dictador, o los de la Reserva Civil.

—Estoy bien seguro que llegarán Los Anrocs. Ahora no hay Reserva Civil. Hoy celebrarán el Día del Ejército y nosotros seguramente que vamos a tocar el asunto de la no reelección del Presidente Zamora. El mitin puede degenerar en un bochlnche.

Rió el Gordo Bocón.

—¿Degenerar? ¡Hablas como el burgués del Licenciado!.

—Bueno. Pues va a parar en eso. Si caemos en eso, nos van a joder a todos.

—¡Cállate! Tal vez sería bueno que ocurriera algo. Hace tiempo no pasa nada. Los diarios no dicen nada del Doctor. Recuerda, como dice el Licenciado: "En política hay que dejarse ver, si no te olvidan".

—Quizás tengas razón.

El Presidente del Comité sacó varias listas de militantes y las desplegó sobre el barril de la pintura. Leyó en voz baja los nom-

bres: Nicolás Tolentino, Federico Landaverde, Pablón, Chinto Murrucó, Carlos Marino Guadamuz. Continuó sólo hojeando la lista y agregó:

—Te recomiendo especialmente al Pizote y al Murrucó. ¡Son huevones!

—Les voy a tomar en cuenta, dijo el Gordo Bocón, y siguió pintando cartelones en azul y rojo que eran los colores del Partido.

En las paredes del cuartito estaban recostadas las pancartas. Leyendas de toda clase acerca del programa: las aspiraciones y motivos del Jefe del Partido. El Gordo Bocón las quedó viendo satisfecho mientras silbaba un himno pasado de moda que le habían enseñado en el Sindicato. Sobre un cajón, en el fondo giraba un removedor de aire para aliviar el calor. Los dos militantes estaban sudando a mares.

—No han traído aún el retrato de El Hombre, comentó el Gordo Bocón.

—Quedaron de traerlo ayer por la tarde. Músico pagado no toca buen son.

—Si no lo trae hoy por la mañana algo le pasó a Miguel Angel.

—¿Tú crees?

—Me lo supongo. Acuérdate que es delicado a su guaro, insinuó.

—Deberías ir por él. Si no ponemos el retratón en el estrado en donde El Hombre está sonriente, nos va a mandar a la mierda.

Rió el Gordo Bocón con una sensación de cosquilleo.

—En esa foto parece una quinceañera.

—¡Cállate, jodido!. Deja eso y andá buscá a Miguel Angel.

—¡Qué mierda! ¡Qué mierda!, protestó el Gordo Bocón, y poniéndose la camisa salió a la calle.

3

“Mañana es el Día del Ejército y también el cumpleaños del Dictador. Es casi seguro que habrá tiros en ese mítin. Tal vez

lleguen mil o tal vez no llegue nadie. Todo dependerá de cómo estén los ánimos. No creo que un tipo como yo sirva para nada. ¿Presidente del Comité? Bueno. Menos mal que para eso. La verdad es que uno tiene que hacer alguna cosa, se confortó. Pensó que si habían algunos que estaban medio retirados como él, estaban otros como Churepo y Lagarto que en determinado momento podían hacer bellezas. El Dictador era hombre duro y habría que tratarlo como tal.

—Abre, abre, oyó que le gritaron desde afuera.

—¿Lo traes? ¡Mereces un ascenso en el Partido! Le voy a decir a El Hombre, rió mientras ayudaba al Gordo Bocón a introducir el enorme retrato.

Desdoblado lo colocaron sobre el piso.

—¿Qué te parece?, preguntó el Gordo Bocón.

—¿Tú crees que te guste esto a Clark Gable? —contestó con otra pregunta recordando las debilidades de El Hombre—. Está bella su sonrisa de caramelo, se carcajeó, señalando con el índice la boca del sujeto del retrato.

—Cabrón, lo imitó el Gordo Bocón dejando ver su boca llena de comida.

—¡Ah, si lo supiera él! —añadió el Presidente del Comité—. No creo que calificarla ni para barredor de la Casa del Partido.

—Aquí tienes —dijo devolviéndole unos pesos—. No sobró más. Dijo Miguel Angei que le había costado el doble.

—En política así es—, Encendió un cigarrillo con la colilla que había dejado el Gordo Bocón—. Cada quien se reparte con la cuchara grande.

—No, mi hermano. Es borracho pero no le roba un cinco al Partido.

—Ya lo sé. Miguel Angei es otra cosa. No lo he dicho pensando precisamente en él.

Rió satisfecho el Gordo Bocón. Tomó una de las botellas de aguardiente que estaban colocadas en el estante y se empinó un trago, entregando luego el frasco al Presidente del Comité quien hizo lo mismo. Tragó con ansiedad, escupiendo a un lado del retrato.

—Quizás sea el único que te tomas —comentó el Gordo Bocón—, porque cuando llegan los pulpos del Partido no dejan ni gota.

—¿El Partido? ¡Ah, sí, el Partido!

—Voy a poner punto final a esto, pues dentro de una hora quedaron de venir El Renco y el Licenciado. No vaya a ser que el Licenciado con esa su vocecita de pendejo me vaya a dar una puteada. Quiero llevar esta cosa rápida al lugar del mitin.

—No te preocupes. Ya nos vamos.

4

La casa de Geremías Robleto estaba adornada con banderolas azules y rojas. Guimaldas de los mismos colores colgaban de las entradas principales. En el centro del patio había sido improvisado un escenario que tenía como telón de fondo, el retratón de El Hombre con la deslumbrante sonrisa. Unas tantas silletas fueron colocadas en el estrado en donde se sentaría el líder y sus acompañantes principales. Bajo el alero del corredor, estaba la banda de chicheros tocando alegremente con gorros alusivos a El Hombre, y entre cintas de papel de todos colores que descendían de lo más alto del techo. El mitin estaba programado para las ocho en punto, pero el Convencional Robleto estaba seguro que el Jefe llegaría una o dos horas después, esperando que el lugar se pusiera de bote en bote a como lo indicaba la experiencia. Más o menos a las nueve llegarían los primeros hombres importantes del Partido: candidatos a diputados, senadores y otros líderes que tenían la seguridad de subir si es que El Hombre tenía oportunidad de hacerlo. El anfitrión era uno de los candidatos más fuertes en las expectativas electorales de un escaño en el Senado de la República. Claro que no era mucho para él, pero detrás de cada puesto importante habría algo más que defender. Realmente estaba seguro que lo político y lo económico son como cuero y carne, algo difícil de separar. El era un viejo que había visto muchas cosas y entendía su posición. Estaba seguro que la política siempre es el punto de equilibrio en la vida de un hombre importante, pues venía desde abajo y había pasado por todo. Llegó a rico, casi a ser millonario y jamás le sintió tanto sabor al dinero como cuando le cogió la política y le convirtió en hombre verdaderamente necesario. Desde el fondo de la casa vio como los correligionarios segulan entrando con timidez campesina. Lo habían hecho por lustros enteros, durante la vida del Partido. Eran del Partido porque sus padres y sus abuelos habían pertenecido y luchado por el mismo. En las sangrientas guerras civiles siempre fueron los primeros. Generaciones enteras heredaban las glorias y el odio de la enseñas

partidarias. Y los muertos no tenían cuenta ni motivo. Desde su posición de hombre importante, de dirigente avezado tenía la certeza que a fin de cuentas, el mitin no serviría para nada. Algo estaba pasando en lo más importante de la dirigencia política, que no era necesario ser un genio para darse cuenta que el tiempo en otros sitios había andado más de prisa que en las decisiones del Partido.

5

Bajo una de las arcadas de papel estaba Lagarto con Churepo. Ambos llevaban prendida sobre la solapa la efigie de El Hombre: una réplica del retratón que engalanaba la tarima en donde se pronunciarían los discursos. Habían sacado miles de copias del líder sonriente y las repartieron por todas partes. Los enemigos políticos se referían a El Hombre y su comitiva como la de cuatro pelagatos prehistóricos detrás de una garganta bien aceitada.

Lagarto se saludó de largo con Geremías y Churepo le imitó. Deberían estar alertas por si sucediera alguna cosa. Después de todo, El Hombre era el dolor de cabeza del Dictador quien odiaba toda competencia política. Era su opinión que los alacranes deberían aplastarse chiquitos; no dejarles que echaran ponzoña y fueran un peligro con el tiempo.

Otros militantes más, aparentemente guardaespaldas de El Hombre irrumpieron en el local del mitin y corrieron hacia el entarimado. Inmediatamente después, el ruido de las bocinas de los autos y los magnavoces trepidaron en los oídos de los manifestantes, y las bombas y las triquitraques estallaron por todos lados.

El Hombre hizo su entrada entre la avalancha de partidarios que le iban abriendo paso. Iba lleno de felicidad, sudando a mares, enjugándose el rostro con un pañuelo. Su sonrisa de actor de cine sobresalía entre las cabezas como alguien que intenta dirigirse a otro entre la multitud. Un verdadero espectáculo de asfixia y apretujamiento.

Cuando El Hombre subió al estrado los que estaban en las sillas se pusieron de pie y comenzaron a vitorearlo, sacando sus pañuelos blancos que eran símbolo de afecto y honradez. El Hombre alzando los brazos y agitándolos vigorosamente lanzó decenas de besos a las mujeres y apretones de puños a los hombres.

Cuando comenzaron los discursos, a El Hombre y al encargado de la conducción del mitin, se les hizo imposible controlar al Secretario del Sindicato de Zapateros que habló sobre la carestía de la

vida circunscrita a las actitudes militaristas y antieconómicas del Dictador. Lagarto y Churepo intercambiaron miradas satisfechos, mientras El Hombre dejaba ver un rostro lleno de disgusto. En primera instancia había decidido interrumpir al orador comenzando él mismo con el discurso de fondo, pero optó por dejarle que dijera lo que le viniera en ganas. Pensó que a lo menos eso mantendría enardecida a la masa y que cuando le llegara el turno, el mitín habría alcanzado su punto culminante. El sindicalista recibía más y más aplausos y vítores. Los militantes apoyaban su actitud decidida y revolucionaria.

Pero de pronto, alguien gritó en la parte de atrás, mientras repentinas ráfagas de metrallas eran disparadas al aire por las fuerzas de choque del Dictador.

—¡Viva el General Zamora! ¡Viva el Partido Radical!, irrumpieron blandiendo garrotes y cachiporras.

—Adentro, jodido. A la carga, rugió alguien con rostro de presidiario llevando en alto un vergajo que descargaba sobre la espalda de los partidarios de El Hombre.

—¡Ay ay ay! ¡Hijos de puta!, protestó el orador tras una lluvia de palos.

—Ahora tú, Lagarto. Aquí está el hijo de puta de Lagarto, llámalo a los otros.

Lagarto alzó los ojos y vio entre el tumulto a alguien que cargaba en alto el retrato de El Hombre. Le vio desplazarse encima de él. Lo dejaron caer con todas las fuerzas sobre su cabeza.

—Lagarto, hijo de puta —le gritaron—. Enemigo del gobierno, enemigo del ejército, enemigo de la democracia, continuó el partidario de Zamora.

—Algún día las vas a pagar. ¡Cobarde! ¡Asesino!, protestó Lagarto.

Y los hombres de las fuerzas de choque continuaron atacando sin parar. La gente huía por las calles y nadie quería saber nada del mitín. En la próxima esquina, el retratón tenía despedazada la sonrisa y Lagarto continuaba vomitando sangre.

Managua Enero 1967.-

LA MUERTE DEL CORONEL

—¡Qué noche de perros!, se quejó Beatriz.

—Tienes razón. ¡La lluvia, los relámpagos, los truenos!, agregó María.

—¿Y el Coronel?

—Anduvo como un loco deambulando por toda la casa.

—Hoy es el cumpleaños del Coronel, recordó Beatriz.

—No. No es hoy. Este día vino a casa. El cumpleaños es en octubre.

—¿En octubre?.

—Exactamente en octubre. Y ese mes le haré un buen cumpleaños. Invitaré a todos los perros importantes del vecindario. ¿Sabes?.

—¡Sí!.

—Habrás Cake y vino.

—¡Cake y vino!.

—No te asombres que el vino será para nosotras. Tenemos Benedictini. El que nos obsequió el Marqués de las Hojuelas, recordó María.

— Y yo, descorcharé la botella de champagne que nos trajo nuestro amigo, el español.

—¡Ah sí! seguramente que te hará recordar algo. El sinvergüenza con su sombrero de copa y sus palos de golf, dándoselas de soiterón. ¿Recuerdas la fiesta de los Nelson?. La pobre Darling estuvo tras de tí toda la noche.

—Me divertí mucho. Ahora son otros los tiempos y el Conde quedó atrás en el recuerdo, suspiró.

—No sé por qué tenemos que revivir escenas tristes. Y a propósito, ¿el Coronel?.

—Siempre me lo echas en cara. Eres una mujer vengativa, incomprendible, protestó Beatriz sollozando.

—Vamos mujer, la acarició en la frente.

—No te puedo permitir eso. El Coronel no se merece tal cosa.

—Está bien. No llores más.

—Tú no quieres al Coronel. Eso no es justo.

—No digas tonterías. El sabe que lo aprecio. Deja de llorar, mujer.

—Coronel, Coronel —sonó Beatriz los dedos con dirección al patio en donde el animal yacía patas arriba descansando al sol. Ven Coronel, agregó dulcemente.

El animal se revolcó sobre el césped y continuó como si no entendiese, intentando cazar mariposas con el hocico.

2

—¿Que día es hoy, Beatriz?.

—Veinticuatro de junio, Día de San Juan.

—Con razón, tus pesadillas no me dejaron dormir, señaló María.

—¿Pesadillas? ¡Esa mujer andaba aquí! —gimió protestando y agregó—: No volveré a molestarte.

—Tú comprenderás, mujer. Debo viajar todas las mañanas hasta la Biblioteca del Museo y necesito descansar.

—Ten la certeza que no lo haré más.

—Es que anoche hiciste un escándalo. Golpeaste puertas, ventanas, todo. . . Y hasta pudiste darme un tiro con esa escopeta, señaló el aparador.

—Te repito que alguien andaba aquí, y debe ser la misma mujer del otro día. No puede ser otra.

—¡Tenemos al Coronel! Siempre está pendiente de cualquier ruido.

—¿El Coronel? ¡No puede con esa mujer! Siempre ocurre lo mismo, ni siquiera tiene el valor de ladrarle, argumentó Beatriz.

—Insisto que son cosas tuyas.

—Cuando veas al Coronel muerto como aconteció con Baltazar, entonces si vas a convencerte.

—No creo en nada de lo que dices.

—Tal vez cuando lo veas muerto. Hace tres noches soñé con que alguien quería terminar con su vida. Y al fin lo hizo. El Coronel estaba tendido boca abajo en medio de un charco de sangre. ¿Sabes una cosa hermana? Todo esto ha venido sucediendo después de la muerte de ésa, señalo la pintura de Isabel sobre la pared.

—¡Bah! No puede ser. Lo de Baltazar fue solo un accidente.

—Yo sospecho que esta casa se llenó de algo, insinuó Beatriz.

—Dije que sólo fue un accidente.

—Bueno. Allá tú. Yo misma he tenido que limpiar las huellas del personaje que viene a esta casa sin evitarlo nosotras. Yo misma he visto sus extraños ojos y su hemoso andar. Ya la verás. Yo te la mostraré.

3

—Que tengas una mañana agradable, dijo María.

—Voy a descansar en el jardín. Estaré toda la mañana alimentando con aire puro mis pulmones.

—Harás bien. Hasta luego.

—¿Te marchas temprano?.

—Debo atender algunas notas en la Biblioteca del Museo. Luego saldré a una gestión del doctor Andrade.

—¡El doctor Andrade! ¿Mi siquiatra?

—Sí, Beatriz.

No olvides los huesos para el Coronel. Búscamelos en dónde estén. No lo olvides.

—Lo anotaré en la agenda. No lo olvidaré.

4

La mirada de Beatriz se perdió en el caminito tras el ford azul negro de María. Cuando lo vio desaparecer en el portón del fondo de la arboleda, se sintió feliz, liberada. Ahora sí podría recorrer todas las áreas del jardín, buscar algún indicio y pensar. Salió al pórtico y descendió las gradas que daban a la entrada de la finca. Caminó alrededor de la casa y encontró al Coronel todavía tratando de cazar mariposas. Se lo quedó observando con detenimiento. Los grandes muslos del Coronel, los párpados bajos, entreabiertos como si soñara. Con el hocico estirado hacia adelante, descansando sobre las patas delanteras quedó viendo a Beatriz. Ni siquiera hizo un movimiento con la cola. Sólo sus ojos estaban clavados en el obligado traje negro en señal de luto por Baltazar. Se sentó en cuclillas junto al animal y acarició su brillante pelaje. Un collie con pastor, el mejor perro que he tenido en mi vida, se alegró y musitó entre dientes: ¡qué terrible sería que te mataran!

Se le ocurrió que quizás haciendo un recorrido por las casas vecinas podría inquirir algo. Montó en su famosa bicicleta Raleigh 1920 y se dirigió a la casa del mandador. Ahí estaba Teresa y su hija, lavando y zurciendo la ropa de Jacinto. Manuel, el pequeño nieto del viejo Jacinto jugaba entre los desperdicios llorando por algo. Hechó un vistazo por el interior del rancho. Estaba segura que ninguna de ellas podría ser la victimaria de Baltazar. Pensó en la mujer de Elvis, el zapatero del otro extremo de la finca. Pero, una mujer tan metida en carnes no podía ser el objeto de su búsqueda. Y así fue descartando rostros y nombres que antes pudieron parecerle sospechosos. Volvió a la casa y se sentó en las gradas del pórtico, esperando que ocurriera algo. Le pareció ver que alguien cruzó por el fondo del jardín. Intentó llamar su atención, pero al momento se dijo que quizás fuese una sombra de sol proyectada con los arbustos. De todas maneras, tuvo la sensación de que algo verdaderamente extraño debería estar pasando. En su imaginación las sensaciones se escurrían como ríos de luces o chisporroteos de luciérnagas que para sí, eran misteriosamente divertidas y lógica-

mente incomprensibles. Pero esta vez, todo quedaría solucionado. De tal manera que corrió a la sala de lectura y tomó los lentes de largavista para observar detenidamente los alrededores. Haciendo un increíble esfuerzo, a través de la escalera portátil subió hasta el techo de la cocina. Iba sonriendo maliciosamente como un niño al que le hubiesen prohibido lo que el fin decide hacer a hurtadillas. Pensó en María y dejó de sonreír. Con nitidez escuchó una orden desde el piso. Pero comprendió que era sólo el eco de la jefatura que como siempre trataba de influir su ánimo, interferir sus decisiones. Sintió que su corazón latía con libertad, golpeaba sus sienes por el esfuerzo o el sobresalto. No lo podía detectar exactamente. De todas maneras, le resultaba una aventura fascinante, una experiencia encantadora. Creyó rasgarse las rodillas con los filosos vidrios que a manera de seguridad fueron colocados sobre el muro amarrados al cemento, y se palpó con los dedos la sangre que comenzó a gotear apenas perceptiblemente sobre el tejado. Nuevamente le pareció descubrir el rostro de su hermana sobre la parte superior del cañón de la chimenea. No sería la última vez que experimentaría tal visión. No entendía por qué, esa como actitud vigilante de María se le había convertido en una obsesión, un delirio. Las tejas de zinc chirrearon con el ligero viento del norte que silbó como estación radial fuera de sintonía. Se dijo que todo debería hacerlo con rapidez si es que quería descubrir indicios antes de que regresara su hermana. Pero se juró que aún cuando no le alcanzara el tiempo aprovecharía la noche, mientras todo mundo dormirla. Este pensamiento la tranquilizó y continuó en la búsqueda, escurriéndose a horcajadas sobre la parte superior del techo. Descendió por el lado opuesto del edificio en donde se divisaba la casa del Coronel. Le pareció que algo se movía dentro. Esto la movió a sospechas. Todo mundo sabía que la casa del Coronel no había sido habitada nunca porque, el animal dormía entre colchas en el cuarto contiguo al dormitorio principal de las hermanas. Claro, inmediatamente notó que había sido una visión pasajera. Sin embargo, reflexionó sobre el fenómeno tratando de encontrar hechos coincidentes entre la muerte de Baltazar y la víspera del asesinato. Le resultó prácticamente imposible. Sus espacios mentales estaban llenos de pequeñas lagunas que hacían difícil reconstruir el escenario del crimen. Entre los elementos inolvidables a que podían avocarse su conciencia, su instinto de búsqueda, aparecía la mujer vestida de negro, de extraña mirada y hermoso andar. Recordó la fotografía en el Salón de Fumar. Ahí estaba la extraña mirada. Pero esta sospecha no tenía sentido. ¿De dónde podría encarnar Isabel ese maldito personaje, si hacía veinte años que estaba muerta y sus restos reosaban a la orilla del laguito que ella misma había construido?. ¡Qué necia soy!, se reconvinó iloriqueando y recostándose sobre el césped, a la orilla de la casa del Coronel, quedó dormida por un instante.

—Hasta la vista. María se despidió del visitante con doble beso en las mejillas.

—Hasta luego, René. Y cuídate.

—No te preocupes. Ten paciencia y hasta mañana. Dale mis recuerdos a Beatriz. Algún día tendremos tiempo para todo. Retuvo entre las suyas las manos de María.

—No olvides que quiero cambiar ese cuadro. Puedes llevártelo cuando quieras.

—¡Beatriz lo aprecia mucho!,

—Ya lo sé. Pero debe desaparecer. No lo quiero más en esta casa.

—No te desesperes, mujer. Mandaré a retirarlo. Saludos al Coronel.

Quando el extraño René comenzó a alejarse, María se quitó los zapatos y con sigilo entró al dormitorio. Quedó observando a Beatriz que parecía dormir profundamente. Con amor maternal, casi con lástima, la acarició en las sienes.

—¡Pobre mi Beatriz!. De todas maneras no podré vivir sin ti. La besó en la frente, mientras retiró la escopeta que estaba apoyada sobre el mango con el calibre descansando en uno de los bordes de la almohada.

—¡Vamos, niña. Olvida esto!.

Pero Beatriz soñaba con su soledad habitual y los complicados personajes que cobraban vida en su liberado subconciente. Permanecía de pie frente al Jardín de Eros, nombre pomposo con el que la inolvidable Isabel bautizó el minúsculo predio de rosas japonesas. En su simbólico escape, cobraron amplitud las estrechas callejuelas pobladas de flores, y los albos pétalos parecieron soles relucientes proyectando su rostro en la estatuilla de mármol en la fuente. Permaneció abstraída viendo jugar las mariposas sobre las corolas de las dalias, y se llenó de la ligereza de ellas. Con sus enormes alas amarillas comenzó a volar, a perderse cual estrella fugaz en el firmamento. De pronto, surgió Baltazar. Lo vio correr veloz por todo lo largo y ancho del cielo. Hula de la extraña mujer del cuadro que zumbaba como tormenta y daba voces de angustia.

El animal hula aterrorizado. Ella voló tras él y le dio alcance, llevándolo consigo.

—Duermes, dijo María al oído.

Y satisfecha, mientras saboreaba el emocionante encuentro de la tarde, caminó hacia el Salón de Fumar y se detuvo sorpresivamente frente a la pintura de Isabel. Ahí está, se dijo interiormente. Sigue siendo la misma bella de siempre. Corrió hacia el piano de Beatriz y comenzó a hojear el Album Dorado de la familia. Buscó precisamente la página. Ahí estaba Isabel con Don René de la Vega el día del compromiso matrimonial. Le temblaron las manos y huyó, sobrecogida por un repentino ataque de histeria a refugiarse al dormitorio sollozando entre las colchas.

5

La mañana siguiente Beatriz se despertó temprano. Salió al jardín y comenzó a regar las flores. Siempre que le ocurrían experiencias como la del día anterior, la arrastraba un irrefrenable deseo de ponerse en contacto con las rosas, las dalias o los claveles que eran sus especies favoritas. No sabía por qué. Simplemente llegó a creer que entre las flores y la manera de apaciguar su espíritu, había una misteriosa interrelación que no podía entender.

—¡Mantente quieto!, ordenó al Coronel que intentó saltar buscándola con sus manazas. Y continuó tarareando la vieja tonada con la que según María, acostumbraba arrullarla su madre.

Recordó que por lo menos un centenar de veces había intentado averiguar en donde había escuchado la música. Debería de haber algo poco común, verdaderamente sorprendente en la motivación de aquella melodía, porque no recordaba haberla oído nunca. La primera vez que la tarareó salió desde su subconciencia con la facilidad con que salen las notas de una pieza en la reproducción de un disco fonográfico. Había tratado de buscar el origen de aquel enigma y sólo había conseguido una breve explicación silenciosa en el Album Dorado de la familia. La fotografía del compromiso matrimonial de Isabel y Don René de la Vega. las dalias, los claveles y las rosas lanzadas al aire al paso del cortejo en los jardines de la residencia familiar, y María llevando los anillos de compromiso, encabezando el desfile de los novios.

—¿Hermana?, oyó que preguntó María desde el umbral, en la puerta de salida al jardín.

Escuchó como una voz lejana la que no quiso contestar.

—¿Qué prefieres, huevos con jamón o tostadas con miel?.

—Nada. No te preocupes. No tengo deseos de nada.

—Vamos, Beatriz, recuerda la hemoglobina. El doctor recomendó que no descuidaras tus alimentos.

Lo haré luego, María. Vete tranquila.

—Bueno. ¿Si así lo quieres?.

—Primero jugaré un rato con el Coronel. Vamos a correr por la finca —le acarició la cabeza y él meneó la cola en señal de agrado—. Luego, haremos alguna cosa. Quizás, un guiso de concentrado con leche para él, y cualquier plato para mí, ¿verdad Coronel?.

El perro volvió a agitar la cola y replegó hacia atrás las orejas.

6

Cuando María salió para su trabajo en la Biblioteca, Beatriz continuó en la búsqueda silenciosa, obsesionante, de indicios que pudieran arrojar la verdad sobre el misterio. El día anterior había dejado poco por ver en el interior de la casa. Sin embargo, le pareció que debería insistir en algo más. Se dijo que quizás buscando algún extraño depósito en las paredes. En algún libro había leído sobre casas en que las paredes se convertían en pasadizos secretos, en misteriosas cajas de seguridad que no habían sido violadas por siglos. Comenzó a golpear sobre ellas con curiosidad obsesionante. Tomó el bastón del fallecido abuelo que permanecía colgado de la capotera. La punta de caucho se estrelló sobre los elegantes enchapes. El salón de comer, la biblioteca la Sala de Fumar, el sitio reservado para huéspedes. Solo quedaba por tantear en el dormitorio de la familia Icaza, en donde las tres hijas mujeres habían venido al mundo. Corrió a los roperos. Junto al de los fundadores de la familia, estaba el de Isabel. Llamó su atención las costras de polvo en los intersticios de las puertas, su permanente inviolabilidad que para ella no tenía sentido. Observó su propia imagen en el cristal del centro. Los ojos habían adquirido una vivacidad de adolescente. Su rostro, sus manos, todo su cuerpo tuvo la sensación de viajar en una regresión física hacia sus días de felicidad, de florescencia. Su cabello corto con los primeros indicios de la edad madura se tomó largo, brillante, delicadamente sedoso. Estaba fascinada ante la reflexión de colores del conjunto, las tonalidades, el trasfondo musical que le pareció recordar inubicadamente en algún punto de su mente. ¡No le cabía la menor duda que era su propia imagen! Pero, ¿y ese vestido gris, esa gargantilla

de brillantes y esa extraña mirada como la de Isabel en la pintura del Salón de Fumar?. ¡No podía ser! ¡Esa mujer reflejada en el espejo del guardarropa debería ser Isabel, pero era ella misma!. ¿Y qué haces tú del brazo del Marqués de las Hojuelas?, preguntó hacia el espejo señalando la visión, inmersa en una carcajada. El rostro de Don René de la Vega poco a poco fue transformándose en la cabeza del Coronel con su enorme lengua de fuera, y los colmillos amarillentos como amenazantes aguijones en la parte baja del hocico. Entonces le pareció gritar y volver sobre sí, como si hubiese despertado de una pesadilla.

7

—Es opinión del doctor Andrade que todo está bien. Antes de acostarte debes tomar el tranquilizante, dijo María.

—¿Mi tranquilizante? Ya lo hice, mujer.

—¿Ya está en su cama el Coronel?.

—Ya, María.

—Coronel, Coronel, ¿dónde estás?. Hizo un chasquido con la punta de los labios.

—Ahí lo tienes, mujer. El animal dio tres vueltas meneando la cola y se echó sobre la alfombra, al pie del lecho de María.

—Ven, mi vida. Sigues tan hermoso como antes. Diría que eres el collie con pastor más viejo y más elegante del mundo. Ven, sube, hizo sonar los dedos en las orejas del animal.

Beatriz temerosa apagó la luz y se acurrucó entre las sábanas.

—Lo cuidas como si fuera un hijo.

—¿Un hijo? Lo quiero más que a un hijo, afirmó María.

—¡Es que no lo tienes!

De todas maneras, prefiero el Coronel con su pelo brillante y caliente.

—Buenas noches.

—Que duermas bien, Beatriz.

—Voy a intentarlo. No sé si lo lograré después de oírte esta noche.

8

¡Mujer! ¡Mujer!. ¿Has visto lo del Coronel? ¡Tiene dos heridas en la cabeza!.

Beatriz no la oyó porque dormía profundamente. Estaba desmañada sobre el lecho con el kimono azul encima de la chaqueta amarilla a rayas, y la adorable falda gris. En la cabecera de la cama estaba la escopeta con partículas de pólvora en el calibre. Corrió por todos lados buscando huellas que pudieran conducir a alguna pista. En el Salón de Fumar, frente al cuadro de Isabel estaba la diminuta caja musical con oro y brillantes en la tapa. Permanecía abierta. Alguien la había llevado ahí y Beatriz seguramente oyó la música que tanto había tratado de localizar en cualquier lugar de su mente, de sus recuerdos. Dios no lo quiera, susurró en voz baja con cierta estupidez religiosa, y corrió hacia el jardín, aprisionando en las manos aquel extraño testigo. Sobrecogida de terror, corrió hacia el mausoleo de Isabel y penetró por la puerta secreta del subterráneo. Intentó detenerse, llena de repente escalofrío, porque sobre la pared alguien había colocado la pintura de Don René de la Vega, el verdadero Marqués de las Hojuelas. ¡Dios mío! ¡Qué parecido a Beatriz!, exclamó lanzando la cajita de música en dirección del cuadro. Beatriz aún dormía profundamente, cuando regresó al dormitorio. Entonces intentó borrar toda huella de sangre, todo vestigio acusador que la hiciera recordar la demoníaca noche del crimen.

9

Al fin gimió Beatriz entre las sábanas.

—Anoche volvió la asesina. Llegó hasta mi lecho, me habló al oído y me insinuó cosas extrañas, sin sentido. No pude resistir. Quise darte una lección y tomé la escopeta. No pude evitarlo. Al fin me sacó fuera de sí que me compulsó a dispararle. No sé que pasó después.

—Ya lo sé. Me di cuenta de todo.

—No pude evitarlo. Creo que le di un tiro en la frente. Uno o dos. No lo sé. Esa mujer se lo merecía.

—Descansa, Beatriz. ¿Quieres un tranquilizante?.

—Dámelo.

—Lo tienes en tu polverita.

—No hay uno solo. Alguien los tomó de ahí.

—Lo siento mujer. Después de todo, hemos tenido suerte.

—¿Sí?

—Estamos más o menos bien. Tengo la sensación de que con lo de anoche todo terminó. Vamos a ser felices.

—¿Tú lo crees? ¡Ojalá así sea María!

Managua, Diciembre de 1969.

EL INYECTADOR DE HADIKO

—¿Hacia dónde vas, Fred?.

—A caminar un rato por los jardines del Castillo, Frank.

—¿A estas horas?

—Me gustan las noches frías en el verano de Karlsruhe.

—Me lo dijiste una vez.

—Creo que así fue. Te dije también que me gustaba hacer un alto en el puente y ver reflejarse la luna sobre la suavidad del Rhin. Luego me voy a descansar. Duermo como un tronco toda la noche.

—¿Qué hora es, Fred?.

—Las once.

—Hasta la vista. Tengo que volver a Hadiko. Hoy es la Fiesta de Erika. Supongo que llegarás más tarde. Como siempre, habrá cerveza y buen vino.

—Tal vez esté por ahí. Es lo más seguro. Aunque me he sentido cansado en estos días, con esas investigaciones biológicas. Respiraré un poco e intentaré olvidarme del laboratorio. Seguro que nos veremos luego, reaccionó.

—Hasta luego, Fred. Ten cuidado con El Inyectador.

—No me hagas reír, Frank. Supongo que lo dices en broma. No estarás con ese corre corre de histerismo que padecen algunos.

—No lo tomes así.

—Claro que no, hombre, y siguió su camino, metido dentro de su chaqueta de lana y su llamativo gorro bávaro.

2

—Entra, Elliot. Estás en tu casa. Erika se alegrará de que hayas venido. ¿No es cierto, Judith?. Anoche hablábamos de ti. Gabriela pensó que no terminarías con el asunto ese de la investigación de algas y hongos malditos.

—Es un trabajo apasionante, Ruth.

—¿Tan apasionante como la historieta de El Inyectador?.

—Hablo en serio. Tú lo sabes mejor. El profesor Hans te recuerda muy bien. Habla de ti como si continuaras siendo su Asistente de Control.

—¿El profesor Hans?

—¡Sí, el Profesor Harry Hans! ¿Qué te asombra?.

—Pensaba en la increíble memoria del Profesor Hans. Sólo estuve con él dos veces: en la sección Egípcia del Museo, y en los Jardines del Castillo. Nunca fui su asistente. Tengo dos temporadas de verano de no verlo por Heidelberg o Frankfurt. ¡No sabía que estuviese en Karlsruhe!, afirmó con una risita nerviosa.

—Olvida al Profesor, Hans. Mejor invítame a la primera cerveza en la Fiesta de Erika. ¿Quién es Erika esta vez? Debes presentarme a ella.

—Tina, ¿sabes donde está Erika?.

—Mírala, ahí la tienes, bajo el bombillo azul.

—Erika, te presento a Elliot Hill. ¡Elliot trabaja con algas y hongos malditos! ¿No es realmente excitante, Erika?.

—Ven, Erika, deja a tu amigo y júntate a nosotros. El Profesor Elliot tocará el piano y tú cantarás, ¿qué te parece?.

—Espera unos minutos, Ruth. Vamos, Profesor Elliot, denme tiempo. Se despidió besándole en ambas mejillas.

—No esperé encontrar tanto invitado. Me presentaste a Dana, Cristina, Federico, Lou y Gabriela. Aún puedo ver a otros a quienes no he visto antes.

—Aquel es Armando. Junto a él están Javier y Roberto. Roberto es nicaragüense. Completa grado de Química Industrial. En la Fiesta lo acompaña la chica de rizados negros. Sofía es de Atena.

—¿Sabes?. Me intriga ese tipo bajo el bombillo azul. Tengo la certeza de haberle visto en algún sitio. Quizás en un partido de fútbol, o en la demostración pacifista de Munich. ¡No sé! ¿Conoces su nombre?.

—Ernest Von Dahrenert. Trabaja como corresponsal de la Prensa Alemana. Hace pocos días regresó de Centroamérica. En Nicaragua estuvo filmando los encuentros guerrilleros de la frontera. ¿Algo más, Elliot?.

—Sí, una copa de vino.

—Ven, aquí la tienes.

—Ahora comienza con lo tuyo, Ruth. ¿Cantarás La Marcha del Führer?.

—¡Estás loco!.

—¡Cómo, Ruth!. Esto no es una broma.

—No, aquí.

—¿Por qué?. Para uno de nosotros cualquier escenario es igual. ¿No te place la Fiesta de Erika?.

—No todos somos los mismos, Elliot.

—Lo sé. Es exactamente eso lo que debe animarte. Es tiempo de sacar la cara en público.

—Tendríamos problemas en este lugar. Parece que tratas de adelantar las cosas. No estoy dispuesta a hacer lo que me pides.

—¿De veras?.

—Sí, por la Organización. Ve por ahí, y búscate una amiga con quien saborear una cerveza. Buena suerte.

Hasta luego, Ruth.

3

—¿Viste a Mónica, Ruth?

—Sí, anoche, en la Comisaría de Hadiko. Declaraba sobre el asunto de El Inyectador. Estaba con su amigo, Lou Huntintong. ¿Le conoces?

—¿El tipo ese del suéter negro?

—Sí, Frank. También estaba a su lado el Profesor Hans.

—Es el quinto neo-nazi que cae en manos de El Inyectador.

—¿Neo-nazi?

—En la Comisaría lo interrogaban sobre casos semejantes en

Heidelberg y Munich. El asunto de Hield Kuadrah, sobrino del General Kuadrah, de la OTAN ha tenido serias repercusiones en los sectores universitarios. El Inyectador usó la escala de seguridad y entró al apartamento del muchacho. Estuvo con Hield hasta la madrugada. Algo debe haber ocurrido entre la Pizzería Italiana y su residencia en Hadiko. Según la policía, sólo tomó dos o tres vasos de cerveza. Suponen que El Inyectador estuvo en el mismo sitio que Hield. Debió usar alguna droga de acción retardada para permitir que el muchacho llegara hasta su apartamento. Pudo ser un alucinógeno. Un hongo, por ejemplo.

—Es una tesis interesante, Ruth. ¿Tienes alguna pista?

—El hecho de que haya permanecido conversando con Hield, y que éste no recuerde nada me hace suponer que El Inyectador es hombre de confianza de sus víctimas. El suceso ha tenido una constante de hechos que no pueden ser coincidentes desde, el punto de vista del análisis.

—¿Que la víctima sea un neo-nazi, por ejemplo?

—Es posible. Además, el victimario según los indicios parece conocer a su víctima. Una charla cordial, unas copas de vino entre frase y frase.

—Tienes razón. Sin embargo, las víctimas suelen no recordar a El Inyectador, Frank.

—De acuerdo.

—Ven, vamos a la terraza. Este ruido no me deja razonar. Elliot

ha comenzado a cantar Erika, y cuando ese se sienta frente a un plano no se levanta nunca, dijo Ruth.

Las voces y la música subían hasta la terraza. A excepción del Bar Universitario, en el cual la Fiesta de Erika tenía lugar, Hadiko permanecía callado y tranquilo.

4

—¿Ruth?, preguntó una voz en el extremo del hilo telefónico.

—¡Sí!. Le pareció una voz conocida.

—Estáis siendo observados. Habla El inyector. ¿Os sugiere algo este nombre?

En la expresión de Ruth, Frank descubrió la inquietud, el asombro.

—Dámelo. Tomó Frank el escuchador.

—¡Quiero hablar con la mujer!, protestó la voz.

—Quiere hablar contigo, dijo Frank. Ruth tomó nuevamente el teléfono.

—¿Sabes?. No quiero hacerte daño. Apártate de ellos. Tú eres distinta. ¿Comprendes?. Vine desde Frankfurt a la Fiesta de Erika. ¿Recuerdas?. En Heidelberg, a la orilla del Neckar, entre mariposas y flores estuve bailando y cantando contigo. Pero, desde 1945, Erika se murió para siempre. ¿Recuerdas a Erika?: "Erika, ¿dónde estás?. ¿Hacia adónde te has ido que debo marchar?". No lo oídes, agregó la voz, acompañada de un acento sarcástico.

5

—¡No esperaba encontrarte en mi apartamento, Fred!.

—Toma, la besó, ofreciéndole un ramo de rosas,

—Gracias, Fred, pero tienes que irte. Debo dormir un poco. Mañana saldré para Berlín en el primer tren de la madrugada.

—¿Estás bien? acarició sus manos.

—Sí. Nada especial pero tengo prisa. Y le besó de nuevo.

—Bien, Ruth, que tengas suerte. Hasta otro día.

6

En la estación del ferrocarril, Ruth recordó al Profesor Hans. A esta hora, aún debería estar en el laboratorio, ensayando con ratas y cobalios. Su mirada glacial, penetrante, tras el microscopio y las probetas tomando notas. Siempre le pareció extraño que los conejos le resultaran endebles, inapropiados para sus investigaciones. Visualizó a los animales dentro de las jaulas, en fila, colgando de todas partes en su casa de campo en Mannheim. Horas enteras sentado junto a ellos, observándolos, tratándolos como si fuesen seres humanos. Examinando los críos con diminutos osciloscopios biorrítmicos, y complicados instrumentos de control en donde el "Electrocromoson XXI4", permanecía registrando el ciclo de transformación celular repetidamente. Hablaba tanto de su descubrimiento la "Hormona XI4W" y de "sus" trabajos sobre las "Somatotropa (STH)" y la "Luteinizante (LTH)". ¿Quién era el profesor Hans que el grupo le consideraba un genio de la investigación biogenética, y que dentro de algunos círculos científicos, estaba siendo observado como un sabio poseído de cierto tipo de inteligencia incontrolable que amenazaba con caer dentro de los linderos de la locura? ¿Qué la había hecho permanecer atada al Profesor Hans?. Desde 1975 intentó huir él, abandonando la Universidad de Munich. Trajo a su memoria la primera Fiesta de Erika. Esta especie de ritual político que nació con la Organización en el interior de la vieja "Hofbrauhäus", desde donde en compañía de Huntintong, Otto, Fred, Camila, Elga, Federico, Helene, marcharon a la Plaza María entre gritos y saños de reto, lanzando al aire vasos de cerveza, mientras coreaban: "¡Erika! ¡Erika!, ¿dónde estás?". Después habían desplegado la bandera alemana con la zuástica en el centro, y colocaron cintillos negros sobre sus gorros de terciopelo morado. De aquella inimaginable conspiración había surgido la idea de El Inyectador. ¿Quién era el Inyectador? ¡Nadie lo sabía!. Su identidad era un misterio. Sin embargo, pertenecía al grupo. Todos le temían. Era el fantasma de la amenaza de cada uno de los integrantes originales del Pacto de Hofbrauhäus. En los años posteriores a aquel extraño acuerdo, hombres y mujeres conectados con lo que ellos llamaban Los Fundadores de Número, habían sido sorprendidos, violentamente atacados por El Inyectador en sus propias residencias y sitios de trabajo. Sin embargo, nadie recordó su rostro. Tenían conciencia de la voz misteriosa, conocida, pero sin punto de referencia preciso. Algo que surgía en el hilo telefónico como tarjeta de presentación, como llamada que irremediamente tenía que ser atendida.

Cuando el tren zarpó de la estación de Karlsruhe, Ruth respiró

tranquila. En Berlín expondría la situación a su padre. Seguramente que el doctor Straus proporcionaría los medios a su alcance para viajar a París, Roma o cualquier otra ciudad de Europa.

7

—Señorita.

El guarda del tren le tocó el hombro, despertándola.

—Perdone usted. Me había quedado dormida, contestó Ruth, entregándole el billete.

—Ahora sí. Pronto estaremos en Hildeshelm. Le queda poco tiempo para ver el amanecer y extasiarse con la campiña de Hannover. El hombre sonrió feliz.

—Ha sido un buen viaje.

Siempre es mejor el rápido. Hizo una buena elección, guiñó el ojo izquierdo.

—¿Decía que falta poco tiempo para llegar a Hildeshelm?

—Casi nada. Yo diría que es una lástima que no haya podido contemplar el paisaje de Hannover en toda su belleza. Digamos por la tarde, o en la mañana, cuando el sol está en el repunte. Se lo digo, porque soy hannoveriano.

—Trataré de regresar.

El hombre de Hannover comenzó a alejarse, después de una evidente genuflexión de cortesía. De pronto, giró sobre sus talones y buscó el rostro de Ruth:

—¿Sabe?

—¡Sí!

—Si sigue durmiendo, use el pasador de seguridad. Estos días los ferrocarriles están llenos de gente extraña, sonrió.

—Lo haré, gracias. Y corrió el pestillo de seguridad.

8

—¿No es cierto que es bello el Oker?

—¡Ah, sí!, contestó Ruth.

Le pareció una voz conocida, la misma que en el teléfono de Karlsruhe. Quedó examinando al extraño: el gorro bávaro, el pantalón ajustado a la piel sobre las medias azules, la chaqueta a cuadros y entre sus dientes, la flamante pipa inglesa, llena de tabaco. Pensó que a ese hombre lo había visto en alguna parte. Comenzó mentalmente a recorrer lugares. ¿"Hofbrauhaus"? Tal vez allá por los años del Pacto. Recordó los nombres. Todos estaban grabados en su memoria como si se tratase del primer día. Sacó una revista del bolso de mano y comenzó a leer, pero no logró su objetivo, porque las imágenes la hacían permanecer atenta tratando de relacionar la extraña y conocida voz.

—Voy para Brunswick, dijo el sujeto mientras abría un maletín gris y extraía el paquete de tabaco inglés.

Ruth la quedó mirando. Sonrió con temor.

—Tengo negocios entre Hannover y Brunswick.

—Mi nombre es Ruth.

—Lo sabía.

—¡Sí!

—La conocí en Munich ¿recuerda?

La voz le pareció más exacta, más familiar. Calló por unos instantes mientras continuó buscando en la memoria. ¡Era imposible!. El hombre sacó una caja de metal y la colocó entre sus piernas.

—Como le decía, tengo negocios en Hannover, Brunswick. También en Heidelberg y Karlsruhe, afirmó, encendiendo la pipa.

Ruth pensó en la Fiesta de Erika, pero no había en ese sitio un sujeto que se le pareciese. El hombre sonrió con malicia.

—También la he visto en Karlsruhe. En la Fiesta de Erika. ¿Recuerda?

Una sensación de temor, angustia, se apoderó de Ruth. Se incorporó y tiró de la cerradura, pero el extraño la tomó de las muñecas y la lanzó sobre el asiento mientras cerraba la cortina.

9

La policía ferroviaria hizo saltar la cerradura y una pistola se alzó sobre la frente del extraño.

—¡Captúrenlo! ¡Es él!, gritó el Profesor Hans.

Por encima del hombro del policía ferroviario, el Profesor Elliot Hill estiró el brazo y arrancó del rostro del fugitivo, los bigotes y la leve mascarilla que le maquillaba.

—¡Fred!, gritó Ruth.

—El es El Inyectador, señaló el Profesor Hans.

—En la Fiesta de Erika no tuvo suficiente tiempo para borrar las evidencias de su incursión a la casa del Decano, intervino el Profesor Elliot.

El policía extrajo de la bolsa de la camisa, el pedazo de tela azul encontrado en la casa del crimen. En el gorro de Fred hacía falta un pedazo de tela azul, y Ruth se abrazó al Profesor Hans, tratando de detener las lágrimas.

Karlsruhe, Julio 1983.-

EL PESO DE LA INDOLE

Hubo una vez un conejo que creía ser zorro, pero se disfrazaba de tigre. Como cosa usual, se juntaba a otros tigres para salir a hacer tigrerías. De tal manera, que afilaba sus dientes, preparaba sus entrañas y se lanzaba con la manada en inenarrables depredaciones contra los grupos de restantes animales de otras especies. Pero acontecía, que mientras los verdaderos tigres se complacían con sus incursiones sangrientas, y pasaban horas enteras recordando las aventuras, el remedo de tigre se llenaba de tristeza y su conciencia de animal bueno no encontraba socio.

Un día de tantos, cuando regresaba a la cueva con la cabeza gacha, entristecida la mirada y martirizado por el remordimiento, oyó que alguien, desde lo profundo de un árbol, le hizo señas con un típico sonido que solía escuchar en algunas ocasiones cuando se encontraba a solas.

—¡Ey, tú!

El animal se detuvo y volvió los ojos buscando. Vio sobre la alta rama una lechuza que le preguntó:

—¿Para dónde vas?

—A la cueva.

—¿Quién eres tú?

—Un tigre.

—¡Ja, ja, ja!, ¡Estás loco. Tú no eres un tigre!

—Tienes razón. No soy tigre, pero soy zorro. La lechuza viendo lo cosa seria y olvidándose de la risa, le gritó.

—¡Estás super loco!. Lo que realmente eres, es un conejo y te lo voy a probar. Toma, come. Y le lanzó una zanahoria.

De un salto, el conejo se abalanzó sobre el amarillento comestible y comenzó a devorarlo con fruición. Cuando hubo terminado de comer, volvió los ojos a la lechuza y le agradeció sonriente:

—Tienes razón, lechuza, hermana sabia. ¡Realmente, soy un conejo!

Y dando un giro sobre las patitas traseras, agitó la cola, le brillaron los ojos y se alejó feliz al zacatal. Ahora sí estaba seguro de su identidad, de su índole, y no se le ocurría jamás creerse un zorro y mucho menos disfrazarse de tigre. Además, pensó, que no había plato en el mundo más exquisito que la zanahoria.

Managua, Enero, 1984.-

LOS ZAPATOS TENNIS

A: Emilio Alvarez Montalván

—Sargento Martínez.

—¿Sí, señor?.

—Recuerde que hoy es lunes. Póngame en fila a esos pendejos. Allí, frente a la Sala de Guardia.

—Muy bien, señor.

Hacia rato que el Sargento esperaba la orden. Dando media vuelta, corrió en dirección a la celda de los borrachitos. Recordó que antes que el teniente Bellorino llegara a Las Pilas, la cárcel del pueblo estaba reducida a una pequeña celda de cuatro por cuatro, pero con el pago del peaje, como decía el nuevo Comandante con sorna, había hecho construir dos más, en donde alcanzaban unas veinte almas en tiempo normal, y que en los días de fiestas, podían caber hasta setenta.

A través de los anteojos oscuros que le servían para ver sin ser visto, el Comandante vio la larga fila de capturados del sábado y del domingo. Eran los mismos de siempre, como una fotografía repetitiva del caos del pueblo. La mayoría de los reos tenían alguna capacidad de pago. Cualquiera de ellos llevaba su reloj, su cinturón o unos zapatos que le podrían servir de garantía, mientras salían condicionalmente a la calle a buscar el dinero de la multa.

—No me digás tu nombre, lo voy a recordar yo. Te llamás Mameluco Zamora, dijo el Comandante.

—Tiene usted buena memoria.

—¿Y cómo no la voy a tener si venís todos los sábados?.

Me capturaron por gusto.

—¡Ah! ¡No jodás! Ustedes sí que son de-a-verga, caen todas las semanas y todavía se quejan que los apresan por gusto. Oiga, Sargento, lo que dice Mameluco Zamora, que ustedes los traen por gusto. Y clavándole las gafas al siguiente, agregó: —A ver, vos ¿cómo te llamás?.

—Marignacio Martínez.

—¡No jodás, Marignacio! ¡Por una letra y te ponen Nacha! ¿No me digás que sos pariente del Sargento?.

—No. No somos nada. El Sargento es de los Martínez, de León. Nosotros somos de Las Pilas.

—Bueno, pues ponéte las, huevón, porque si venís la próxima ronda te voy a enganchar treinta días inconmutables. A ver, otro indio al palo, gritó parodiando a los managers de beisbol.

Y fueron pasando uno tras otro, dejaban cincuenta pesos sobre el mugriento escritorio del Cabo de Guardia, los que los tenían, y los que no, salían con el cachimber boy del Comandante, a traerlos a sus casas. Pagaban y salían a la calle, después de escuchar el quedás en libertad del Sargento, envuelto en una glamorosa sonrisa.

—A ver, vos, ¿cómo te llamás?.

William Brantone.

—Vos sos el que te dicen El Gringo. Con razón, exclamó. Y quedó examinando al muchacho de pies a cabeza: los ojos azules, el rostro rubicundo como indicio cierto de haber gozado de una salud inusual. Se bajó un poco los anteojos y continuó mirando con el ojo bueno. Luego se llenó de rubor. Un oleaje de orgullo, de vanidad, manchó su tez macilenta y se ajustó los lentes de nuevo. Desde que faltaban tres en la fila, algo había descubierto en la vestimenta de Brantome que lo hizo estremecerse en su butaco.

Hacéte para allá. ¿Vos sos el que llegaste de Miami?.

El Sargento Martínez se le acercó al oído y le ronroneó algunas frases, mientras sonreía. El Cabo de Guardia abandonó el escritorio y se fue a piaticar con el último de la fila. Comenzó a buscar en los pies de los prisioneros.

—Vos sos el que te dicen el Gringo, insistió el teniente.

—Desde que regresé al pueblo me han venido diciendo El Gringo.

Y con el rabo del ojo bueno, quedó mirando los pies del muchacho. Se le ocurrió que no sabía por dónde comenzar, pero que ya había comenzado y no debería detenerse.

—Y además, usás Livai y zapatos tennis. Por algo te dicen El Gringo.

—¿Ya oyó, Sargento?. Dice que viene de los Estados Unidos. Y se puso a rayar los nombres de los que habían ido saliendo cuando pagaban la multa. Pensó que tal vez fueran segundos, pero le parecieron siglos en los que extasiado, contempló el vestido del muchacho. No me cabe duda que esto es para mí, pensó. Por algo le trajeron aquí. Eso que venga desde Miami y precisamente aquí, al Comando de Las Pilas, se acomodó en el butaco. Estaba convencido que alguna fuerza extraña había actuado en su favor, le había llevado desde lejos, los adorables zapatos tennis con los que había soñado toda su vida. El Sargento se le acercó al hombro, después de haber hecho el mismo gesto con el Cabo de Guardia.

—¡Son iguales a los del Gerente de la Chevrón! ¡Esos que a usted le gustaron tanto!

Entonces, levantando los ojos y señalando al reo, ordenó:

—A Brantome me lo vas a dejar adentro, porque no quiero clavos. Podría estar conectado con alguna mierda hedionda.

—Pero, Comandante . . .

—No quiero oír nada. Méntale a la celda de los políticos y no hablemos más. A ver, continuó con los últimos de los borrachitos. Cuando terminó de impartir justicia, como decía el Sargento Martínez, dejó su butaco, echó el brazo sobre el hombro del Cabo de Guardia, y se fueron al patio a contar la plata de las multas. Después, dando un leve brinco saltó a la calle, y se encaminó a la cantina de Lencho Torres, en donde además tenía otros negocios.

2

—¡Ajá, Brantome! ¿Cómo te sentís?, preguntó el Sargento, recostándose sobre los barrotos de la celda.

El muchacho estaba sentado en el piso, con la mirada en dirección a los zapatos. Esto fue lo que le pareció al Sargento, pero

realmente, Brantome no pensaba en los zapatos tennis. Su pensamiento se mantenía distante, tratando de hacer un recuerdo de su vida, de asociar alguna cosa que pudiera relacionarlo con la mierda hedionda esa, a la que se refería el Comandante. Se quedó reflexionando acerca del Livai y los zapatos tennis. Eran frases que en el fondo no le decían nada. De repente, se le ocurrió que a lo mejor, tales objetos significaban una clave, un santo y seña, con el que podría despertar alguna sospecha. Pero ¿qué tenía que ver él con todo eso?. Por casualidad del destino, había viajado a los Estados Unidos en los días del terremoto y por casualidad estaba de visita en el Pueblo de Las Pilas, cuando una tía enferma le costeó los gastos de viaje para que le sirviera de compañía. Y de casualidad en casualidad, con el lámpara de Luciano entró al billar de Chugén, a la Cantina de Chugén y a la Sala de Dados de Chugén en donde intempestivamente se aparecieron los guardias de Bellorino y se los llevaron a todos.

—¡Hombre, Brantome! ¿Cómo que no oís?.

Alzó la mirada y vio al Sargento colgado de los barrotes. Le pareció el cartel de una película de terror, en el momento exacto en que comienzan a producirse cosas que nadie sospecha.

—Quiero que sepás que sólo te quiero ayudar. Tres veces vino tu mamá anoche. Te trajo comida, te trajo cigarros, te trajo tiste con rosquillas, pero el jefe no quiere ni mierda con vos. Dice que los políticos son clavo caliente en el culo de cualquier comandante, y que todos los que llegan de Miami, alguna mierda tienen que ver con la política. ¿Vas a decir que no es así?. Casi siempre el Comandante tiene razón. Es un hombre sabio, se las sabe todas.

Brantome continuaba en silencio, observándole y oyéndole.

—Bueno. No te conozco pero te quiero ayudar. Vos sabés que todos tenemos debilidades, y el Comandante tiene su lado flaco. Digamos, sus debilidades, Recordá, Brantome, yo se las conozco, y dio la vuelta con la cantimplora en una mano y el cepillo para dientes en la otra.

El muchacho todavía observó cómo el Sargento hacía su higiene bucal, junto al urinario de la celda en el patio. Luego, quedó dándole vueltas a la idea de las debilidades del Comandante. Se le ocurrió que Bellorino podría ser un marica. Recordó que uno de sus tíos, no estaba seguro exactamente quién, afirmaban que solía contar relatos de un tal Bravo León, que siendo cabo de presos en una prisión de Managua, fomentaba el tráfico de homosexuales con pequeños delincuentes comunes. Tembló cuando se preguntó si no sería ésta, una de las debilidades del Comandante. Se prometió a sí mismo

que primero le, matarían antes de permitir cualquier cosa que no estuviese de acuerdo con su condición de hombre íntegro. Sí, primero será la vida, se repitió, en un balbuceo que más pareció una queja, una pena que le hizo vertir lágrimas cuando menos lo esperaba. Pero, no habían transcurrido diez minutos, cuando el Sargento se apareció por el otro lado de la celda.

—Vé, Brantome. Voy a hacerte una propuesta. ¿Por qué no le mandás a decir al Comandante que te deje libre y que le vas a regalar los zapatos tennis?. Voy a tomarme la libertad de decirselo yo mismo. Voy para allá. Y salió corriendo a la oficina de Bellorino.

3

El muchacho no sabía ni qué hora era, cuando oyó que le dijeron: —Quedás en libertad—. Y le dieron sus pertenencias. Registró la billetera. Vio el retrato de su novia, Margarita, sonriente, encantadora, con sus rizos dorados que parecían nidos de oropéndolas, como le decía bromeando. Ahí estaba también, la tarjetita que le habían regalado en Disney's World, con la efigie de Mike Mouse de fondo, y el castillo de Blanca Nieves revestido de un blanco enrarecido. Entre sus dedos saltó el mohoso retrato de su padre, muerto hacía años, y junto al recuerdo familiar, la otra tarjetita del Club de Admiradores de los Angeles de Charles. Sólo faltó el billete de cien pesos que guardaba tras la foto de Margarita, por aquello de que más vale ser precavido.

—¿Está todo completo?. Aquí no se pierde nada, dijo el Sargento.

Brantome comenzó a meterse las botas militares. Por fin lo logró al tercer intento. Sintió un fuerte dolor que le entró por el talón y le fue subiendo a la cabeza. Se las sacó y comenzó a golpearlas contra el suelo. Pensó que de todas maneras las botas eran preferibles a tener que caminar a pie la distancia que le quedaba desde la cárcel hasta la finca de su madre, entre La Pita y Jinotepé. Continuó luchando con los cordones, tratando de soltarlos para dejarlos fuera. El Sargento permanecía casi sobre él, sonriente, observando su esfuerzo con curiosidad como se contempla una pelea callejera en el centro de una plaza pública.

—Te quedan de-a-verga. Tan de-a-verga que parece que fueron hechas a tu medida.

¡Ah, sí! dijo Brantome, y comenzó a caminar sobre el talón del pie derecho y la punta del izquierdo. Iba sonriente, burlándose de sí mismo, y dándole gracias a Dios porque aquellos simples zapatos tennis le habían salvado del clavo de la política.

Managua, Abril 1978.-

EL CARACOL AZUL

—Josuá.

—Déjame, Bill ¿No ves acaso que lo tengo en las manos?.

—¿De veras, Josuá?.

—Lo tengo, precisamente en este hueco.

—Se te escapará.

—Lo tengo y es mío. Anoche, antes de preparar el anzuelo y la cuerda, leí con mi padre el Libro del Mar. Aprendí sobre rayas y anguilas, pero no vi nada de caracoles. La raya es un pez peli-groso.

—Lo sé, Josuá. En San Juan del Sur, abundan las rayas.

—¿Cómo lo sabes?.

—La última Semana Santa estuvimos en San Juan del Sur. Ahí conocí al negro Matías, un marinero de la Barra. Me contó que casi pierde un pie por el piquete de la raya. Y ¿sabes?... no lo creerás.

—¿Sí?.

—El mismo arponeó la raya, y todavía le sacaban la mala sangre del talón, cuando el animal borboteaba en el caldero. Matías ase-gura que repuso sus fuerzas alimentándose con sopa y carne de raya.

—¿Se come la raya?.

—Es deliciosa. ¿Tú has comido cambute?.

—Mi padre ha comido cambute.

Si mi tío ha comido cambute, haz de caso que ha comido raya. Tienen el mismo sabor.

—Lo atrapé, Bill.

—¡Un caracol azul! ¡Qué no se escape!

—¡Un caracol rarísimo!

—Ponlo en el balde.

—¿Muerden?

—Las tenazas sirven para algo.

—Ahora, Josuá. Es nuestro.

Se hincaron sobre la arena, a contemplar el triunfo, furiosamente metido en la concha: una rara especie, azul-brillante con terminaciones rojizas, iridiscentes en el nácar de la punta.

—Míralo. Se quedó dormido. Sólo él está así, mientras los otros corretean con las antenas de fuera. Parece una lancha a la deriva.

—Está disgustado.

—¿Los caracoles se disgustan?

—Sí, porque son como los perros.

—¿Cómo es eso, Josuá?

Sienten vergüenza. Titán, mi pastor alemán, cada vez que lo olvidan, hace una trastada. Es su protesta, aunque la mañana siguiente amanezca con el rabo metido en las piernas, esperando en la puerta del patio. Comprende que se cagó dentro, y que mi madre le dará una tunda. ¡Un caracol de su clase metido en un balde! Es humillante, Bill.

—Pueda que tengas razón.

—A lo mejor, es un caracol-jefe.

—¿Por qué no podría serlo?. Es lindo, y como dice mi abuelo, cuando habla del semental de la finca: tiene estampa. No pienso que haya muchos caracoles con estampa.

—Nos haremos su amigo, Bill. Lo sacaremos del balde y lo dejaremos libre cuando volvamos a casa.

—Trato hecho. Aunque he oído hablar de un sitio en donde hay competencias de caracoles entrenados. Eso quiere decir que aprenden.

—Tengo la impresión de que ese es un cuento como el de las pulgas baletistas del Japón. Lo dice mi abuelo. Reventé de la risa. Imagínate: pulgas baletistas en un Teatro de Pulgas.

—Eso puede ser un chiste, pero lo de los caracoles es cierto, afirmó Josuá.

—¿Lo puedes jurar?.

—Tendría que volver a hablar con mi padre.

—¿Sabes, Josuá?.

—Sí.

—He pensado que nuestro caracol debe tener un nombre.

—Debe ser un nombre importante. ¿Se te ocurre alguno?.

—García.

—¿Por qué García?.

—El timbuco del equipo de beisbol. El profesor Papalote suelta la risa diciendo que el panzón de García parece un caracol. ¿Recuerdas?.

—Seguro que sí.

—Le pondremos García, pero nuestro caracol azul es más simpático que García, ¿no es cierto, García?, preguntó Josuá observando al molusco que comenzó a sacar las antenas y a distender las patas buscando como corretear por el balde.

Cuando García estuvo listo para intentar su primer paseo en el balde, dio la sensación de estarse preguntando qué diantres hacía en aquella situación difícil. Los ojos le giraron como periscopios, buscando los rostros de los muchachos, y los brazos comenzaron a moverse hacia la extraña trompa. A Bill le pareció un micro-pulverizador de otro planeta.

—¿Lo notaste, Josué?

—Sí.

—Cuando García sacó las patas y la trompa, los otros huyeron; se colocaron en el campo opuesto. Luego se juntaron, como lo hace un equipo de fútbol en el momento de planear la estrategia de la siguiente jugada.

—Nos hemos alejado de la casa. Se hace tarde. Las luces se encendieron.

—Si quieres, regresamos.

—Vamos, García, dijo Bill.

Cuando el caracol azul se sintió suspendido en el aire, como si viajara en un elevador electrónico, se replegó al interior de su concha. Rodó como pelota de arena y osciló sobre los demás, que habían hecho lo mismo.

2

—¿Qué quieres, Josué?

—Pienso que García debe tener frío, papá.

—¿Qué García?

—El caracol azul, papá. Se llama García.

—Los caracoles no sienten frío. Quédate tranquilo y visítale por la mañana. Es media noche.

—García siente frío. Él es lo que podría llamarse en el colegio, un caracol burgués. Esa concha, esas rayitas doradas y azules, son las de un caracol burgués.

—¿Estás seguro?

—Lo meteré al dormitorio. Pobre, García.

—Ve por él.

Tintando de frío, salió al corredor y buscó el balde de García. Lo hizo primero, junto a la entrada del dormitorio, y no estaba ahí. Corrió hacia el extremo oeste, frente a la playa, pero nada. Buscó

en la cocina y tras el muro de retención de la casa. Se preguntó si no se habrían robado el balde en donde estaba García. Según había oído decir, las cosas dejadas en los corredores, eran tentación de ladronzuelos que merodeaban las casas de la bahía. Iba de regreso, cuando sobre la arena, entre la penumbra, le pareció reconocer la silueta de Bill.

—¿Eres tú, Bill?

—Siéntate a mi lado.

—¿Tienes a García contigo?

—Seguro, hombre. Me escapé de la cama, pensando que tenía frío. Los caracoles sienten frío, ¿verdad?

—Supongo que sí

—Me alegra que tengamos la misma idea sobre García. Aquí tengo algo para calentarlo.

—Este es el suéter de Claudia.

—Lo sé. Es lo que encontré a mano en la oscuridad. Había cogido otro asunto, pero lo dejé, agregó riendo con malicia.

—Claudia se sentirá feliz de que su suéter sirva para calentar a García.

—Estoy seguro. Feliz y orgullosa.

3

Bill y Josuá amanecieron durmiendo sobre la costa. A la hora del desayuno comenzaron a moverse por todo lo largo y ancho de la casa tratando de encontrar un espacio para García. Les resultaba prácticamente imposible. El corredor estaba inundado de caracoles que correteaban sin parar. Al menor movimiento sospechoso, se detenían y apretujaban en su concha. El dúo, María Raquel y María Alejandra eran las encargadas de que los otros caracoles no tomaran las de Villadiego, escapándose cada cual por su cuenta. En el transcurso del día, el ala este de la casa estuvo convertida en laboratorio de investigación marina, en campo de observación de cangrejos, punches, sardinas, cambutes, lombrices y toda clase de bichos que Josuá y su equipo eran capaces de meter en el balde.

—Este bandido caracol sabe hablar, exclamó Bill.

—¿Por qué dices eso?.

—Cada vez que oye voces, saca la cabeza y comienza a mover la trompa. Ya no se esconde como antes.

—Debe tener su propio lenguaje.

—¿Tú crees que hable español?.

—Tal vez no, o tal vez sí. Si ha nacido por este lado, debe saber las mismas cosas que los de aquí.

Rió Josuá.

—¿No ves que dice Lorenzo que las tortugas lloran cuando desovan?.

—¿Qué cosa es desovar?.

—Cuando como las gallinas hacen un nido y ponen los huevos.

—No lo dudo, si lloran, deben hablar también.

—Voy a pedirle a mi padre que me compre un laboratorio del mar. El Libro del Mar habla de instrumentos y equipo. Peceras, compresores, luces y hasta microscopios que sirven para estudiar la fauna marina.

—Es buena idea, Josuá.

—¿Sabes, Bill?.

—Voy a platicar con García.

—Espero que tenga deseos de hacerlo. Vamos.

—No. Déjame solo. Tal vez a García no le guste que otros oigan lo que quisiera decir en privado.

—Quizás tengas razón.

Josuá se fue con el nuevo balde de García. Bill quedó jugando con el ejército de caracoles, intentando observar el arrastre del cambute. Tíos y padres de Josuá y compañía, hablaban de pirañas y buques petroleros. A lo lejos, en el horizonte marino, dos patrulleras apuntaban sus cañones al cielo.

4

—¿Qué hora es, García?

Estaba extasiado, contemplando el caracol azul. Lo vio asirse a las rocas, haciendo un laborioso esfuerzo. Los movimientos le parecieron normales y confiados. No le cabía duda de que había ganado su confianza. Se detuvo a medio camino. Dio la impresión de que imploraba ayuda. Le colocó la punta del dedo índice sobre la concha. Instintivamente, García se detuvo, pero luego reaccionó, estiró los brazos y escaló lo que le quedaba para llegar al pico blancuzco que le sirvió de descanso.

—No me contestas, García, insistió, Josuá.

El amigo pareció detenerse, colocar algo en la trompa y acelerar el ritmo de sus mandíbulas. Intentó escalar el obstáculo siguiente y resbaló. Replegándose en la concha, rodó de roca en roca.

—¿Ya ves?. No podrías vivir solo. Eres todavía un muchacho travieso y nada más, aunque no contestes nada. Mejor será que mientras te llevo a casa, estés en tu balde, ahí a lo menos, estarás seguro. No encontrarás a otro Josuá o algún Bill que pudieran hacerte daño. Con nosotros tuviste suerte. ¿No oíste al cuidador? ¡Dijo el bárbaro que podrían hacerte en sopa!. No permitas que se acerque a ti. Podría robarte en un descuido y llevarte a la olla. Entonces sí, te aseguro, que no hablaría por vos; hablaría por mí, aunque tenga que vérmelas con mi madre. No has dicho nada y esto me preocupa. Quizá eso lo diga todo. Esta noche no te dejaré fuera, pase lo que pase, aunque te meta bajo el colchón. ¿De acuerdo, García? ¡Claro que de acuerdo!, se contestó a sí mismo, metiendo el caracol en el balde.

—Ya sabes, García. Diré a Bill que platicaste conmigo toda la tarde. ¿Lo oyes?.

Las luces brillaron en las casas de la bahía. Sobre un cielo opaco y lluvioso, la luna se deslizó tímidamente desde el sureste. Josuá examinó el balde de García. Tuvo pena de él, viéndolo resbalarse en el fondo como borrachito sobre un camino lodoso. Lo tomó entre sus manos y comenzó a calentarlo con el calor de la boca. Desde las gradas de La Buena Dicha vio como Bill y Claudia aún esperaban su regreso.

5

Algo inesperado aconteció el Jueves Santo en la mañana. En un rincón del patio Josuá, Bill, Claudia y las dos Marfa celebraban una sesión secreta. Desde temprano permanecían silenciosos, com-

pungidos y desorbitados alrededor del balde de García. Lorenzo, el cuidador, que en cierta ocasión sugirió hacer una sopa con García, desde la cocina permanecía atento a aquel extraño suceso. No le cabía duda de que algo grande estaban planeando. Al fin habló Josuá:

—Tenemos malas noticias.

—¿Sí?

—Se trata de algo increíble.

—¿Regresamos a casa?, preguntó Claudia.

—No. Algo peor.

—¡Ah! ¡Ya sé! Se murió don Pepe el amigo de papá, agregó María Alejandra.

—Algo peor.

—¿Sí?

—Se murió García. Josuá pensó en la terrible muerte bajo el colchón.

—¡García!

—Sí, García.

Las María corrieron hacia los baldes a dar la noticia a los otros caracoles. Cuando estuvieron de regreso, continuó Josuá:

—García se merece un buen entierro.

—Con cantos y música —dijo Claudia—: ¿Verdad, Bill?

—Seguro que sí. García se lo tiene ganado.

Y comenzaron a hacer los preparativos para el funeral de lujo de García.

6

Desde la muerte de García, el corre corre de los caracoles, las tenazas de los cangrejos y el golpe de la pezuña del cambute brillaron por su ausencia. El balde de García, junto a otros baldes más, re-

pletos de caracoles y otros bichos marinos, permanecían abandonados en el patio, bajo el calcinante sol del verano. aún seguían intocables para quienes no fueran de la pandilla. Podía darse el caso que la euforia de García, el dolor de su muerte, fuese olvidado repentinamente, y las otras especies marinas cobraran vida; fueran integradas a las preocupaciones y los juegos de los muchachos. Pero, no ocurrió nada nuevo en los baldes. Alguien habló de las fogatas tradicionales que deberían arder en la costa. La pandilla comenzó a recoger ramas secas, troncos y basura de toda clase para atizar el fuego nocturno. Al fin, llegó la noche y las llamas saltaron iluminando la bahía. Era un espectáculo interesante, con los pequeños nerones aullando a la orilla del fuego. A media noche, todo estaba en la oscuridad. Sólo quedaba un hilillo humeante sobre el cerro de cenizas.

—Josuá.

—¿Sí?

Echale un poco de agua a esas cenizas, no vaya a ser que alguien les ponga el pie y se quemé accidentalmente.

—¿Con qué, papá?

—Ahí tienes baldes, Josuá.

El aprendiz de biólogo tomó el balde de García, aún repleto de toda clase de especies marinas, lo llenó de agua y lo lanzó sobre las brasas. Luego hizo lo mismo con los otros baldes. Cuando hubo terminado, se sentó al lado de su padre a preguntarle sobre buques petroleros y botes pirañas. Repentinamente, recordó que García no había tenido funeral.

La Buena Dicha, Abril de 1984.-

EL
CLAVEL
Y
LAS ROSAS

PRIMERA ESTANCIA

CANTO

A

LINCOLN

**Primera Mención de Honor de Premio Único Centroamericano de poesía
Rubén Darío 1959. (Poema escrito en la cárcel).**

Cerca de Rolling Fork,
a la orilla de Knob Creek
y en los graves alvéolos de Kentucky.
Sobre abruptas sierras casi infecundas,
tierra, alma de roca pura
bordeada de barrancos en donde llora el aire
y el águila en su vuelo puede alcanzar la nota;
en donde el sol vertiendo sus rayos irisados
penetra en las entrañas de nuestro padre polvo
entre azadón y lágrimas, esa lucha perenne
que brota de la sangre y se alza hasta las nubes
como grito de amor que abraza el Universo.
Allí, cara al sol, corazón de gigante,
rudas manos bronceadas y afanoso pecho
nació el Padre de América
y distendió los músculos sacudiendo la noche.
Febrero no ha logrado dar mejor fruto al mundo;
desnudo ante el dolor supo medir la hora.
El siglo va gritando que la espina de América
desde Knob Creek, bañando el Continente
sintió la sacudida de este ciclópeo aliento.
El buen pan se extrae del fondo de la tierra.
Llamad y se os abrirá. Pedid y se os dará.
Vida es lucha constante.
El frío se apretuja con sus manos enormes
explorando los huesos y apretando los dientes;
amenazantes brazos, frío y hombre:
hambre y hombre con los puños cerrados.

En el bosque el oso cae herido de muerte,
 la razón o la fuerza conquistando el derecho,
 disputando la luz y buscando el sustento.
 No fue hecho de rosas el dei Padre de América.
 Los pies que van desnudos tras de la airosa espiga
 y las espaldas rudas que proyectan al hombre,
 tienen sabor telúrico hasta en los propios huesos.
 Sólo el dolor comprende el dolor de este Lincoln
 tan pieno de solemne tristeza campesina:
 Cristo fue escamecido para poder ser Cristo.
 El corazón de Abraham está llorando sangre.
 Camino de Nashville la vergüenza se ensaña
 y la crueldad aprieta su cadena oprobiosa.
 Aiaridos salvajes y el látigo cayendo:
 ¡Arre! ¡Arre animal! ¡Arre! ¡Arre!.. .
 Y un nuevo golpe hiriendo la dignidad humana.
 Lincoln era casi vegetal.
 De ahí su gran secreto natural,
 su madurez profética y ansia contemplativa,
 su rumiante tristeza y su humano fervor.
 Lincoln era el dedo de Dios sobre la noche
 larga del Sur de Norteamérica.
 "Amaos los unos a los otros"...
 Linda frase pensó. Pero ¿qué?
 Los bestias venden hombres:
 ¡Este es mejor! ¡Tiene grandes espaldas!
 ¡Ponedio de perfil! ¡Quiero ver sus contomos
 y si carga tanto como un toro!
 "¡Arre bruto! ¡Arre animal!
 ¿Five dollars? ¡No! Es más inteligente mi caballo".
 A Lincoln se le encendió el corazón
 y fue la luz.
 El resplandor inmenso de la palabra libre
 más aita que el infierno iluminó mil máscaras,
 mil gestos repugnantes, mil pechos esclavistas
 que sintieron el fuego de la faz libertaria.
 ¡Qué es esto!, se dijeron.
 Y Abraham iba gritando con su voz de montaña:
 "All men have been created equal,
 the Constitution of de United States says".
 Es la verdad desnuda perdurando en el tiempo.
 Loco Señor Don Cristo, ¡Cuánto tiempo perdido!
 Don Quijote pudo haber sido más tonto.
 Y Otawa, Jonesborg, Galesburg, Alton,
 Charlestown, Freeport y Quinzy le vieron deambular:
 el Sermón del Monte floreciendo de pronto,

agitando los brazos y estirando las piernas
con una voz torrencial, clara y certera.
¿La verdad? Sólo ella es eterna.
La verdad que tiene sencillez de piedra,
ropa de cargador y corazón de poeta:
"The Panther scream filled night with fear
and hears prayed on the swine",
golpeando duro el corazón de Washington.
Lincoln era sustancialmente pensamiento,
preocupación constante, agua corriente,
rayo, luz, reciedumbre visionaria.
El poseía el secreto sacramental
que hizo temblar el esqueleto americano:
una dulce paciencia franciscana.
Tienen sed de justicia los que quieren ser justos
y abrazan el dolor para caer tres veces.
Lincoln también se ciñe su Corona de Espinas.
Y la lucha tiene que ser real,
el dedo acusador debe tocar la llaga
llamando a cada cosa por su nombre.
Por los caminos muchos vienen empujándose.
Es necesario llegar a la ciudad,
oír a este apocalíptico corruptor de la posesión
que provoca una conmoción volcánica cuando habla.
Y pronto está en su diálogo universal
en medio del buhonero, el albañil,
el calderero, el labrador, el zapatero,
el rielero, el mercader, el curtidor,
el desarrapado, el blanco, el negro,
el que tiene cara de gorila
y come tanto como una langosta.
Y los argumentos en su boca son razonables.
Por ellos habla su corazón.
Frente a frente, como cualquiera de ellos,
como gota de agua sobre la piedra,
martillando constantemente, difícilmente,
él, Abe, como le llaman sus amigos,
balanceándose sobre sus enormes piernas,
cual mata de maíz agitando los cabellos,
hablando por boca de Thomas, el hachero,
quien también es aserrador, cazador y metodista,
recordando a la pobre Nancy pensativa,
temblando a la orilla del fogón
hasta la madrugada, con los ojos abiertos,
las hermosas ojeras adorables y simples
y quien también tenía un corazón muy grande;

o a Zhara, la pobrecita Zhara hermana suya,
casada con un tal Aaron Grigsby
inútil hasta la pared de enfrente.
Temblaron los desorbitados de Illinois,
comenzaron a consultarse entre sí:
Era necesario alistarse para la lucha,
ponerse de acuerdo con el largo cetrino
de que la justicia debería ser exacta,
la libertad mantenida en toda su extensión
y eso, principalmente eso tan claro como el día,
de que todos los hombres tienen iguales derechos.
Así fue como Lincoln se hizo conductor
y habitó en el espíritu de su pueblo.
Abe regresó a casa, bajo la lluvia,
resbalando, equilibrándose, triste,
en busca de los dulces brazos de Mary,
de su querida Mary que no entendía aquellas cosas
y que rompió su corazón en mil pedazos.
Y ahí está de nuevo con sus libros, calladamente,
ganando tres dólares por un juicio,
escribiendo largas cartas sobre la libertad,
metido en su levita mal ajustada
con aquella su rara simpleza absolutamente proletaria.
El buen sembrador recoge buena cosecha
y el surco de la libertad estaba florecido.
El viejo John Brown, terriblemente antiesclavista,
pudiendo de la horca, encendidos los ojos de furor
y la lengua de fuera como burlándose de Charles Town,
hizo sangrar el corazón de Lincoln.
Desde aquel día, Abe no estuvo solo;
el poderoso Jesse Fell, listo como zorro
puso los ojos en el Partidor de Rieles.
Nadie mejor que alguien como Abe
para cruzar el Jordán. Nadie mejor que él
conocedor de la Filosofía de la Pobreza,
Quijote de todos los caminos,
vencedor de mil guerras distintas
para llegar a la Tierra Prometida.
Y repercutió en el viento nuevamente su grito,
rasgando los gruesos velos de la injusticia,
sazonando la noche sureña del dolor,
volcando toda su alma transparente.
New York lo recibió y le dio la mano:
los elegantes de Astor House,
los duros de Manchester,
Woonsocket, Norwick, Bridgport

saltaron de júbilo en su nombre.
Noviembre recibió al Libertador en sus brazos
y lo apretó amorosamente contra su pecho.
Lincoln era esencialmente preocupación,
sabe que el odio ruge, bajo sus pies,
que mil asechanzas se tramán en su contra
y que sus negros de Illinois no pueden dormir tranquilos.
Inicuas bandéras de odio anuncian la guerra:
"To be or not to be". Y es necesario ser.
Se lo grita hasta la última célula de su humanidad
en la corriente sanguínea que inflama sus arterias,
en las sensaciones anímicas que refleja su rostro
y que hacen saltar sus músculos como cabros salvajes
en toda la conjunción magnífica de su anatomía rural.
Edmund Ruffin disparó el primer tiro.
Viejo y achacoso, masticando odio con su boca de charlatán
sonrió y los sanguijuelas lo aplaudieron.
Por ello se movilizaron veinte mil pies,
cuarenta mil pies, ochenta mil pies
que hicieron temblar la tierra;
que se aprestaron a la lucha valientemente,
alegremente entonando himnos patrióticos,
entre doscientos mil niños que los vieron partir
con un puñado de besos que les dolió el alma,
en un gran racimo de adioses que se perdió a lo lejos.
Lincoln era un adelantado de la justicia.
Libertad para todos. Igualdad para todos.
Para los que tienen la piel color de la noche,
para quienes solo enseñan los dientes en la oscuridad,
para los que llevan el pelo ensortijado y la "cara de mono",
para éstos que cargan como mulos, por éstos
que piensan, aman, sufren y se abrazan.
En Washington Abe sufría amargamente.
Los hijos del diablo estaban frente a la ciudad
con sus tambores, sus caballos y su cañones,
enseñando los dientes y llenos de rabia,
profiriendo maldiciones contra el Sureño Traidor,
el tal Lincoln tonto de la noche a la mañana
y más chiflado que una cabra.
Hay ardor en los cuatro puntos cardinales,
nuevos soldados caminan en la oscuridad
con trasfondo de croar de ranas en los charcos,
cantos de búhos y aletear de murciélagos,
cayendo en cualquier sitio, abierto el pecho,
tornando a la originalidad de su ser
con una rosa roja en la garganta.

Cualquier día es bueno para morir por la libertad.
Cualquier final es generoso cuando se lucha por la justicia,
don supremo de todo lo que mueve el mundo.
El Bull Run se tiñó de sangre libertadora,
los bisoños unionistas no pudieron enterrar a sus muertos,
el estruendo de los cañones rompía los tímpanos,
el primer mordisco esclavista había sido artero.
Lincoln sollozó aquella tarde dolorosamente.
Y hubo que morder el polvo varias veces,
en Wilson's Creek, por aquel Fremont indolente,
en Ball's Bluff, en donde cayó el buen Baker
y en Tenessi, donde la horca celebraba orgía de muerte.
Un día de tantos, a este Abe melancólico,
pensativo, etemamente inquieto, dolorido,
deshecho por la maldición de la guerra,
un rayo le pulverizó el alma de gigante:
El pequeño Willie caído, como una hoja quieto,
detenida la sangre en los carrillos, la muerte
como llamita angelical en los ojos.
La inconmensurable hora del dolor a solas,
levantándose más fuerte, más inexpugnable
en el rostro de Willie, horizontalmente sonriente,
en los ojos de Mary sin objetivos razonables,
obstinados, tristes, llenos de felarañas rojas;
las botas llenas de fango, las manos frías,
encarrujadas, aferradas, pálidas, jóvenes,
cientos de ellas en todas posiciones,
miles de ellas como pequeños troncos a ras de la tierra.
El rostro de Lincoln reflejaba el espíritu de la patria
y el brazo fuerte de Dios indicó la hora precisa. . .
Los Halleck, los Grant, los Sherman, los Thomas,
los Terry, los Sheridan coreando el "John Brown's Body",
rompiendo la columna vertebral esclavista,
atacando la retaguardia, la vanguardia, los flancos,
persiguiéndoles, pisándoles los talones,
lo que me recuerda mi patria San Jacinto,
con su cerco de piedras al rojo vivo,
Andrés Castro con el puño amenazador, cerrado,
estirándolo con violencia, destruyendo a Lee en Nicaragua
y Byron Cole colgado del árbol más alto.
Un nueve de abril por la noche, mejor que hoy
en que mi arteria mayor está tan triste
y cuando estoy terminando mi diálogo con Abe,
Washington flameó banderas triunfales,
se dispararon salvas y se bailó con locura,
se sacrificaron mil pavos por la libertad

y todos se persignaron en el Nombre del Padre.
Lee había cedido a la embestida justiciera
y Lincoln se retiró a llorar de alegría.
Pero William Walker estaba asechando en la noche,
vestido de John Wilkes, transpirando odio
Judas descargó su golpe cobarde y brutal.
Todos quedaron inmóviles, confundidos,
horrorizados, avergonzados, temerosos,
contemplando al formidable Abe moribundo,
el largo Abe, musculoso como un roble viejo,
atractivo aún en la hora de su muerte,
sereno, hermosamente paternal, sobrio,
dispuesto como allá en Nueva Salem listo.
Sus negros de Illinois todavía le siguen llorando,
por eso llevan los ojos asustadizos y la mirada temerosa,
tratando de encontrar algo, eternamente buscando,
quizás llamando a Papa Abraham a todas horas,
con todos los sonidos en todos los ritos.
En el cuerpo de Josephine Baker ondulando,
"Mama Josephine:" hablando todos los idiomas,
pensando en los cinco continentes con todos sus hijos;
o en la melodía de Louis Armstrong subiendo lentamente.
Su música como puñales horadando el corazón.
su inspiración como mueca fija en el sufrimiento.
Y aquí en Latinoamérica, Lincoln junto a mi corazón
vitalizando mi sangre, sangre de hispanoamérica,
hombre de Nicaragua: rebelde, indómito, poderoso,
con los hombros endurecidos y el grito al cielo,
hacinado, espoleado, animalizado, exangüe,
pero siempre de frente, indetenible, abierto
el corazón a la lucha y las manos firmes, constructoras.
La Estatua de la Libertad tiene su asiento en New York
y William Walker anda suelto por América.
Tú, Abraham Lincoln, tu corazón volcánico
debe rugir de nuevo, vibrar en las conciencias
tu pensamiento altivo, la democracia toda.
No creemos en ningún ¡Oh! ¡Yes sir, it is a beautiful land!,
y que sonría de oreja a oreja satisfecho.
Nuestras enormes ubres de petróleo
están quedando yermas, consumidas
y tus palabras brillan por su ausencia.
Illinois ha montado sus reales en América,
y el indio, nuestro hermano americano,
desnudo como tú, triste como tú,
una antorcha de luz en las montañas,
está gritando Rueda por Nosotros.

Diciembre 11 de 1959.

DISCURSO DE UN GERENTE

Señoras:

Señores:

Estamos reunidos esta noche en el Waldorf Astoria para celebrar un aniversario de nuestra Compañía. Hace quince años, Mr. Monkey y yo, nos juntamos en este edificio para planear un negocio. De aquella reunión a esta fiesta hubo muchos acontecimientos. Hemos tenido un vigoroso crecimiento anual de un 25%. Nuestras utilidades han subido como pompas de jabón, y naturalmente a esto contribuyeron ustedes. Si les dijera que celebraremos un concepto, tal vez no entenderían tal cosa. Realmente, celebramos un concepto fundamental. Nos reunimos para brindar por las utilidades, los rendimientos por hombre The Ratio of Growth. En una compañía como la nuestra, los hombres pasan, nadie es un individuo porque así lo exige la organización. Es exactamente lo que estamos empeñados en hacer, porque sólo así puede entenderse la función social, lo humanamente lógico de The Ratio of Growth. Somos un símbolo de las utilidades, un quehacer de los rendimientos crecientes. Hemos tenido suerte los últimos años de participar en importantes conflictos armados, y de escaramuzas en el Tercer Mundo. En el Viet Nam, ciertamente se sacrifican vidas, pero hemos ratificado el concepto. Dije anteriormente: los hombres pasan, pero, las compañías son eternas, imperecederas. Viet Nam obligó un proceso de transformación de nuestra producción en gran escala. De bienes de consumo popular pasamos a producir para la guerra, y hemos logrado un fabuloso Ratio of Growth del 40 %.

Se han sacrificado vidas, y esto nos duele. Pero, ¿qué podemos hacer?. La guerra no la inventamos nosotros.

El temor comenzó con el hombre y no concluirá hasta que éste llegue a su ocaso.
Es lógico que los cañones y los tanques produzcan más que los artículos para el hogar.
Es lógico también que se lamenten más muertes pero ello, no es nuestra culpa.
No todo ha sido solamente utilidades.
Enviamos a nuestros soldados en el frente de guerra cinco toneladas de bombones y gomas de mascar, y una bailarina famosa de Hollywood para que vean algo bueno en las horas de ocio.
Me parece que me he salido del tema.
Como le decía al Gerente de Ventas, producimos diez veces más que hace cinco años y nuestro personal aumentó de 120 a 4000 empleados.
Volviendo al asunto de la guerra, Camboya ofrece perspectivas halagadoras, y les aseguro que aún no comienza el conflicto.
Camboya significa 500.000.000 de dólares y esto nos da seguridad gozando de un colchón económico razonable.
Brindemos por nuestras utilidades y trabajemos 48 horas al día.
Pensemos en la Compañía 48 horas al día que estaremos haciendo patria.
Mientras trabajamos, permanezcamos con los ojos abiertos, haciendo un esfuerzo por superarnos.
Sepan que no sólo estando en el Viet Nam se hace patria.
Comamos y bebamos esta noche con prudencia, que mañana deberemos sentirnos bien para continuar laborando, pues esperan compromisos con las Fuerzas Armadas.
De más está agregar que este es el momento para cualquier entrega inmediata: una negociación imprevista podría interferir nuestros planes.
Dios sabe lo que ha costado llegar hasta donde estamos: Peter Blood envejeció supervisando máquinas, y el Hospital es testigo de nuestra fe en el triunfo.
Hoy nos comemos y bebemos a la Compañía, y esto es algo para quienes pertenecemos a ella.
No nos ocurra las del alacrán que se come a su madre y no la erupta.
Recordemos que los hombres pasan y las Compañías son eternas.
Compañeros: brindemos por las utilidades.

Managua, D. N., Mayo 27, de 1967.

DEFENSA

DE

MAI LAI

Señor general, Presidente de esta Corte:
He meditado detenidamente en este juicio
y creo que el Teniente mayor ése no sé su nombre,
no es culpable de lo que se le acusa.
Más bien el Teniente mayor ése no sé su nombre,
contracusará a quienes le trajeron ante este Tribunal,
sea cual fuere el fallo de este Consejo de Guerra.
Es deprimente narrar lo de Mai Lai,
las causas que originaron tales acontecimientos.
Más que para los muertos de Mai Lai
es angustia inenarrable para mi defendido.
En este banquillo, señor Presidente,
debería sentarse al Ministro de la Guerra,
y más que al Ministro de la Guerra,
debería sentarse aquí al Presidente de la República,
porque señor Fiscal, de este Tribunal Militar,
lo contrario es agredir el verdadero Espíritu de la Ley.
¿Me pregunto yo! ¿No se estará buscando un chivo expiatorio
para encubrir al honorable Jefe de las Fuerzas Armadas?
¿No se estará tratando de encontrar un culpable,
para justificar un indignante crimen de guerra?
Si en esta audiencia no se juzgara a un inocente,
alguien con las facultades rotas pero con mucho aún de lo suyo,
no perdería el tiempo defendiendo al instrumento,
y dejaría que el crimen hiciese su obra completa.
Es el caso, señor General, que el Estado Mayor
prefabricó ese sentimiento compulsivo,
la negación del ser uno mismo, el no pertenecerse.
Es lo que yo defiendo del hombre de Mai Lai.
Pido a este Tribunal que comparezcan John Peter y Jeremías Ross,
así como cientos de hombres, cuyas memorias son testimonio,
verdad viviente de los signos de Mai Lai.
Decir que mi defendido es el asesino de Mai Lai es injusto.
Suponer que ordenó la masacre de Mai Lai, no tiene sentido,
porque vosotros estáis enterados de las ventas de guerra,
de cómo la producción de tanques, aviones y granadas

hizo ascender la curva del "per capita" en nuestra economía.
 Y como es natural, programamos conciencias,
 entrenamos soldados antiguerrillas,
 sin corazón, sin piel, sin ojos, sin olfato, sin sentimientos,
 para luchar en Mai Lai, o cualquier otro sitio del Tercer Mundo.
 Señor general Presidente de esta Corte,
 señores jurados en este Consejo de Guerra,
 antes de tomar una decisión,
 antes de suponer que mi defendido es el monstruo de Mai Lai,
 pido a ustedes un minuto de silencio para las flores.

Enero, 1970.-

A ALFONSO CORTES

Las alas rotas. La mirada esquiva.
 El pensamiento que se nos escapa.
 Marinero que vas a la deriva
 con los sueños de mar bajo tu capa.

Amante de la gloria enrarecida.
 Capitán de la noche que te tapa,
 que deslizas callada, dolorida,
 esa pasión tan tuya hecha gualdrapa.

Corredor musical en que revienta
 el oleaje de tu alma y la tormenta,
 do navega lo azul a tu ventana.

Enhebra el hilo de tu sueño roto,
 con que atarás la furia ¡ de ese potro,
 en que al Parnaso volarás mañana.

Managua, Mayo, 1964.

SALMO

DEL

1000 %

Alabemos los impuestos
porque ellos llenan el mundo.

¡Aleluya!

Glorifiquemos los impuestos
porque con ellos se construyen puentes,
se levantan ciudades
y se multiplican guerras y robos.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Alegrémonos por los impuestos
porque hablarán con Sangre de Dios,
en nombre del Espíritu Eterno.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Con impuestos fue erigido el templo de Mammon
y el Dictador construyó su palacio con impuestos,
sus columnas están llenas de odio
y bombillos de oro alumbran las lágrimas.
Los impuestos son como el universo del hombre:
amor, odio, lágrima, agua y sangre.
Todo será salado con impuestos.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Por los impuestos se endemoniaron los gobiernos
y se multiplicaron los tferes.
Estos gobernaron el mundo como nadie jamás lo hizo antes.
Dios creó los impuestos para que se cumpliera la Ley,
se alegraran las criaturas del Universo,
porque por los impuestos la corrupción será echada al barranco.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Los impuestos cultivaron los campos de maíz,
los ganados de todas especies dieron leche
y la miel fue abundante por los impuestos.
Pero el hombre no entendió los impuestos,
no supo leer la letra interior del mensaje
y con impuestos hicieron grillos para el pueblo,
colocando cepo a su cuello.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Los hombres perversos, los hombres sin corazón
leyeron en el Libro de Impuestos de Tutankhamen
que los impuestos eran malos,
pero lo olvidaron como código de letra muerta.
Y sobre el pueblo se enseñoreó el hambre
y su lloro fue como de Juicio Final.

¡Aleluya! ¡Aleluya!

Alabemos los impuestos,
glorifiquemos su infinita misericordia
porque harán que Dios se manifieste
y se cumpla lo escrito.

¡Aleluya!

Junio, 1970.

ROSAS PARA CARMEN

1

La Rosa de mi Amor está olorosa.
Tiene esencia de rosa en las mejillas.
Están las rosas pálidas, sencillas.
Sueña la Rosa alegre y pesarosa.

Me pregunto ¿Por qué vive la Diosa
esa ilusión fugaz que apenas brilla?
Preocupa que la Rosa de Sevilla
se torne más dolor y menos rosa.

Quisiera vislumbrar si la distancia
no matará la Rosa de fragancia
que floreció la tarde de la espera.

La Rosa tiene espinas en las manos,
tiene olor en los labios soberanos
y puede ser la Rosa enredadera.

2

Rosas hay que murmuran al oído
palabras sedas como olor de rosas.
Rosas hay que semejan mariposas
volando en busca del amado nido.

Rosas hay blancas, rojas, rumorosas
que a las rosas de sangre se parecen.
Se abrazan, se calientan, se estremecen
como rosas de carne vaporosas.

Tú eres el seno de la bella rosa
con que sueña la Rosa caprichosa
que palpita en el fondo de mi vida.

Eres la Rosa Carmen: carmín rosa.
La Rosa amada de la Rosa ansiosa
en que asoma la lágrima encendida.

Managua, Marzo 1956.

ROSAS EN BREVE COMPARACION

La rosa y la mujer son parecidas.
Son milagros de Dios las dos, amadas.
La mujer tiene besos de mil vidas.
La rosa tiene lenguas enlazadas.

La mujer es la rosa que florece.
Ilusión tantas veces pasajera.
La rosa la mujer que se enternece
al palpar en su ilusión primera.

Sin ilusión la rosa no podría
hacer vibrar el corazón de hielo
donde está la pasión y su agonía.

La mujer se consume con su celo
cuando la rosa de melancolía
hace vibrar el parpadear del cielo.

Managua, Marzo de 1966.

A
UN
MEDICO

Al doctor Edmundo Mendieta

Rayo de luz. Pastor de la templanza.
Señor de este quehacer ennoblecido.
Quijote que olvidaste a Sancho Panza
para abrazarte al Cristo dolorido.

Domador de la muerte. La esperanza,
espiga promisoría de tu trigo,
reviente con vigor a la asechanza
de la lucha vital que va contigo.

Caballero tenaz, alma de acero.
Alza el coraje de tu afán guerrero,
que al bisturí le ha florecido un poeta.

Bendita sea la razón del cielo.
Con las reconditeces de ese vuelo,
Galeno esté orgulloso de tu veta.

Managua, 1957.

A
UN
POETA

Para Manolo Cuadra

Sobre esa roca gris do el mar revienta,
escucho el canto musical del mar.
Y cuando está erizada la tormenta,
trueno y me abraza la emoción de amar.

Navegante que viajas a la orilla.
Siempre añorando tu pasión de atar
en la punta dorada de la quilla
en que murió tu dios, de navegar.

Marinero sin barca. Reclinado
sobre tu sueño azul, enrevesado:
buque sin velas, sin ancla ni timón.

Tu vida es sólo como libro abierto,
donde el iluso soñará despierto,
para luego sangrar de la ilusión.

Managua, Marzo de 1956.-

TRIPTICO

A

UN HEROE

A Pedro Joaquín Chamorro

1

Este que ves aquí, callado, exangüe,
con el alma partida de luchar,
canta la gesta heroica de su sangre
que amenaza con nunca terminar.

Fuego en el corazón. Hoy, apagado,
por esa rabla en que se fue a estrellar,
donde el Infierno ruge, desbordado,
sobre las ruinas que lo va a incendiar.

No dudo que será tu sacrificio,
un desafiante y hondo precipicio,
punto final del triste dictador.

No serás tú, varón, a quien la muerte
encierre en el olvido. De esa suerte,
no podrá huir tu estulto enterrador.

2

Increible y veraz. Rayo encendido.
Trueno que ruges, reclamando paz.
Parece estar tu cuerpo redimido,
con esta extraña forma en que te vas.

Destino que hizo que el amor te embriague,
hasta arrastrarte al nunca retornar,
cual caudaloso río en su desagüe,
viajando siempre hacia el azul del mar.

¿Qué debemos hacer, mi Comandante?
Muerte y vida, parecen tan distantes
dentro de este confuso dialogar. . .

Detente y dí: ¿Qué nos tendrá la suerte
si ahora que en la vida con tu muerte,
al batallón empiezas a ordenar?

3

Ha caído la noche macilenta.
El pueblo engrime su dolor fatal,
mientras que va bramando la tormenta
como una consecuencia proverbial.

Puños en alto. El dolor marcado.
Ha comenzado el tigre a sucumbir,
aunque tenga los lomos erizados.
La historia se tendrá que repetir.

Estremece su grito al horizonte:
aúlla la leona, se conmueve el monte,
va cabalgando al viento la desgracia.

Mas, el gran Cid, montado en su jinete,
no temerá por nada que le inquiete.
Herida está de muerte la falacia.

Managua, Enero 19 de 1978.-

SEGUNDA ESTANCIA

AMOR DE MAR

A Carmen, mi esposa

Suena,
el ronco sonar del mar.

Resuena,
la claridad serena de tu amar.

Truena,
la luna llena
de tu redondez de cristal.

Amor de mar
que suena con amar en la arena.
Tumbo que ruge como el amor del mar.

La Buena Dicha, Abril, 1984.-

QUEMA

Como el Rey de los Papalotes
quema sus alas en el fuego,
te aproximas al Círculo Maldito
sediento, estafando tu corazón.

El Papalomoyo tiene la temura real
de la gaviota en el aire.
Huye del halcón, piando solitaria
sobrecogida de amor.

¡La luz se ahoga en el fuego
a tambor batiente, Carlos!.

El Velero 14-1-84.

ROMANCE PARA LA CARMEN

A Pablo Antonio Cuadra
(con acompañamiento de guitarra).

Suena el tablao flamenco,
la Carmen suelta los pies.
Está su cuello muy rígido,
los ojos fijos en él.

Tarará tarará . . .
tarará tará tará.

Un dardo dentro del pecho,
y en la reluciente tez,
pintadas tiene las noches
que se ha pasado sin él.

Tarará tarará . . .
tarará tará tará.

Ansias deshilan sus dedos.
Palomas parecen ser,
los duros senos de Carmen
prisioneros de su sed.

Tarará tarará . . .
tarará tará tará.

Agitan los pies cien alas,
porque dos no pueden ser.
Cien sonidos de pitones
que le hacen hervir en él.

Tarará tarará . . .
tarará tará tará.

Sus pensamientos, cual potros
que no cesan de correr,

y el alma le está sangrando
como sangró el cuerpo de él.

Tará tará . . .
tará tará tará.

Saltan los muslos de Carmen,
los gestos de cien en cien,
la guitarra que enmudece
y un grito exhala su piel.

Tará tará . . .
Tará tará tará.

¡La Carmen vuela en los aires,
por donde volara él,
con la muleta en el alma
al entrar por un Olé!

Tará tará . . .
Tará tará tará.

Vinos, castañuelas, flores,
pañolones de oropel,
toreros multicolores,
caballos de fino arnés.

Tará tará . . .
tará tará tará.

¡Vamos, Carmen! ¡Vamos, Carmen!,
que aquí me tienes con él,
brincándome entre la sangre,
el pobrecito Rubén.
¡Vamos, Carmen ! ¡Vamos Carmen,
que ahora ya somos tres!.

Madrid. Plaza Mayor, 1983.

BOCETO DE AMOR CON ECO

Entre tú y yo el Eco no tiene fin
como no lo tiene tampoco la Palabra
y más aún te digo: ni principio ni fin
porque es el Verbo mismo
geoméricamente progresivo
sin espacio ni tiempo.
Sólo Amor conoce lo capaz
de la nota que sube del interior
y va dando tumbos contigo.
Sin tus ojos, los míos no podrían
mirar ríos de corazón.
No habría proyección
del Eco florecido.
Nada de qué hablar.

Managua 14-1-84.-

REPENTINAMENTE ME TOCAS

Corrimos toda la mañana juntos
saltando con los primeros cantos de las saltapiñuelas.
Diríase que perdimos el tiempo
y se hace tarde sin damos cuenta.
Pregúntale a los caracoles
que jueguetean con los luceros
clavados en la arena, detenidos bajo la luna.
¿Qué escape? ¿He escuchado esa queja
en dirección del viento!
¿Qué pensarías tú si mañana fuese domingo,
Día de Resurrección, y te dieran
el chance de empezar?
Volverías a dormir como un tronco,
o volverías desesperada
para ganar tiempo por lo que conoces,
que no se puede tapan el Sol con el dedo.

Managua 16-1-84.

PEQUEÑA ODA AL AMOR

La noche se hace breve abrazado a tus senos
y tú ¿qué dices? ¡Nada! Ni una sola palabra.
Acostumbrada al llanto de tus hombres,
a su vigor, su espada. La voz que llega
de lo profundo ¡Y nada!
Capullo en flor: divina, bella, altiva.
La matriz fecundada por la canción de fuego
y el grito del profundo, inacabado empuje.
Y tú ¿qué dices? ¡Nada!
Está llena de ásperas rozaduras
la ternura profética.
¿Quién la llenó de sombras?
En las concavidades donde nada se oculta,
tus labios se transforman en surtidores mudos,
que suben hasta el cielo y nada escuchas ¡Nada!
Te detienes sobre las altas manos
que florecen caracolas de sangre, de corazón,
buscándote a ti misma en proyección desnuda.
Sobre la propia tarde recogido, sobre mi propio sueño
voy hurgando la entrada hacia el vientre que gira,
a tientas sobre el sueño, la libertad deshecha.
Deja que bese la redondez prolífica
y aguardemos que nazca el huracán y el viento.

Managua 19-1-84.

LA MUCHACHA DE LA PIAZZA NAVONA

Dicen los siquiатras:
Los sueños son frustraciones,
deseos reprimidos de la conciencia.
Recuerdos, en otras palabras
que hacen dilatar las sienes,
asfixian como choques eléctricos,
se apoderan del espacio mental.
Convierten nuestro cerebro
en estadio donde endiablados toros
acometen con furia;
arden como basura en el ojo.
Esto dijo la muchacha de la Piazza Navona
tiritando de frío frente al Nilo,
viendo a lo alto, extasiada en las luces
de lo que soñó su gran futuro.
El definitivo triunfo artificial
junto a la Lollobrígida,
o la Marilyn Monroe,
a la que imaginó dentro de La Fuente
con los senos desnudos,
y al aire libre el corazón.

2

Pero ¿qué saben los ciegos?,
preguntaba. Y los comparaba
con agentes de la policía política
que no entienden nada de nada.
Comienzan a fabricar una historia,
intentando penetrar la interioridad,
toda la complicada resonancia del alma
como si se fuera refrigeradora en desuso.
Inyectarle refrigerante y abandonarla en la bodega:

Hacerte dormir con barbitúricos,
 apretarte las tuercas del sueño
 pretendiendo que olvides el problema.
 Que yo sepa, afirmaba la muchacha:
 los endemoniados no tienen cura.
 Ningún siquiatra ha hecho nada por ellos.
 No conozco a nadie de los que están frente al Tiber,
 que haya regresado sin su máscara del infierno
 como si se enamorasen de lo que allá encontraron.
 Y quizás, Helen con su Filosofía del Yoquepierdismo
 tuviese razón. Ella y Cristian, su amigo,
 que pretendían estar en el verdadero camino:
 la praxis como solían decir sonrientes,
 mientras esperaban que el vino se enfriase
 en la propia boca del Ganges.

3

Los recuerdos era su tema obsesionante.
 Con las puntas de los pies dentro del agua,
 se burlaba de quienes preguntaban por la hora.
 ¿Cuál hora?, contestaba en voz alta
 para que escucharan los que andaban con sus cámaras
 hablando de Rubens, de Rafael o el Greco,
 como si se tratase de beisbol,
 o de alguna corrida de toros.
 A Helen no le importaba el tiempo:
 Siempre estaba sobre el borde de la Fuente:
 los cabellos chirizos tirando a rojizo-opaco,
 la faldita muy arriba de los muslos,
 los pensamientos en los apartamentos de arriba,
 en donde el sol se esconde hasta el amanecer,
 se dibuja la silueta de la luna
 y comienza el desfile de los espejos.
 Carmen y yo volamos sobre el Atlántico,
 y me digo: Mañana será otro día igual para Helen:
 permanecerá en cuclillas frente al Nilo o el Río de la Plata,
 con los dedos desnudos dentro del agua
 enfriando su botella de vino,
 dándole vueltas de uno a otro lado
 como si fuese un infante en la bañera,
 con los sueños perdidos en su firmamento.

ROMA. Verano, 1983.-

EVOCACION DE PROMETEO

Sé breve. Espera.
No permitas que penetre la luz,
que hiera la corriente las pupilas
porque el viento sopla del Este
y Belén aún permanece oculto,
decididamente sin llegar.
Ni siquiera muevas los labios
que el tiempo no es todavía.
Las hurracas siguen el vuelo horizontal
y los pájaros carpinteros horadan el Roble.
Es prudente preguntar al Alba
o acomodarse sobre el puente
a esperar el regreso de las naves.
Al menos, ellas observan
el tiempo de recoger las mieses:
¡Barco!, gritaremos alegrándonos.
Desde los cristales rotos,
comenzaremos a caminar
hacia el silencio,
deteniéndonos frente al Huracán.
No musites palabra.
Deja que los pececillos coman migajas
a la orilla del túnel.
No se dilate y se funda el acero
que todavía no tiene sentido.
Sé breve. No te apures.
Las constelaciones no están solas:
Hay luz en su interior.

La Buena Dicha 22-1-84.

CANTO DE GÜIS

A mi hermana Yelba

Canto de güis en sauce:
buen agüero, solía decir mi madre.
La recuerdo con sus botitas negras
y sus manos amorosas
en el verano del abuelo.
¡Carta o alguien que vendrá!
Eso es. Y saltaba a buscar al cantor
con sus ojos de miel
cual si se tratase del cartero
y esperara noticias.
¿Ves, cómo mueve las alas
y estira las patitas?
¡No sé a quien me recuerda!
Y tornando a la casa suspiraba:
¡Ah! ¡Cantó el güis!
Mientras, enhebraba el ovillo en la aguja
como las constelaciones lo hacen
con el sonido de las esferas.
Días después, en el fondo del patio,
bajo el mandarino, hablando a solas:
ella musitando avemarías y yo cazando estrellas,
se lamentaba que no había nada que esperar.

La Buena Dicha 3-1-84

ELEGIA POR
UNA MARIPOSA

Vi la silueta
sobre el desván
heladas las pupilas
martirizadas en el vacío
el Ángel Tutelar
a su lado
con los brazos abiertos
esperando por los senos
aún punzantes
tarareando la eternidad
esa que sobrevive siempre
al último beso
al último dolor en la punta
de los labios
y la esperanza.

La Buena Dicha 13-1-84.-

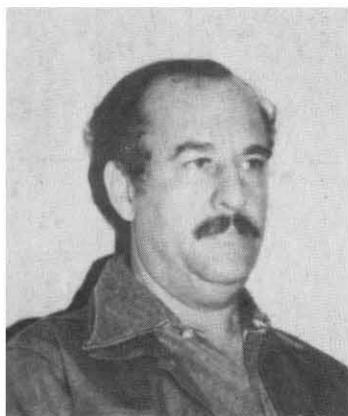
INDICE:

	Página
UN ASUNTO DE HONOR	5
LA HORA DEL ECLESIASTES	15
EL CORREDOR DE BOLSA	17
EL INCIDENTE	19
EL HOMBRE Y EL RIFLE	21
EL MITIN	25
LA MUERTE DEL CORONEL	31
EL INYECTADOR DE HADIKO	43
EL PESO DE LA INDOLE	53
LOS ZAPATOS TENNIS	55
EL CARACOL AZUL	61
CANTO A LINCOLN	77
DISCURSO DE UN GERENTE	83
DEFENSA DE MAI LAI	85
A ALFONSO CORTES	86
SALMO DEL 1000 %	87
ROSAS PARA CARMEN	89
ROSAS EN BREVE COMPARACION	90

	Página
A UN MEDICO	91
A UN POETA	92
TRIPTICO A UN HEROE	93
AMOR DE MAR	97
QUEMA	97
ROMANCE PARA LA CARMEN	99
BOCETO DE AMOR CON ECO	101
REPENTINAMENTE ME TOCAS	101
PEQUEÑA ODA AL AMOR	102
LA MUCHACHA DE LA PIAZZA NAVONA	103
EVOCAION DE PROMETEO	105
CANTO DE GUIB	106
ELEGIA PARA UNA MARIPOSA	107

Esta edición de UN ASUNTO DE HONOR y El CLAVEL Y LAS ROSAS, es de 2.000 ejemplares. El trabajo tipográfico fue realizado en la Editorial Rodríguez, bajo la dirección y supervisión del maestro don Julio Vado. La carátula fue diseñada por el artista Ernesto Evanks. A ellos y resto de colaboradores, el testimonio de mi agradecimiento.

Managua, 20 de Junio de 1984.



La generación nacida en los años 30 produjo en Nicaragua un importante grupo de poetas y escritores y en él se inscribe ahora Roger Mendieta Alfaro. Y digo ahora porque prácticamente su producción literaria había permanecido inédita. Hoy nos ofrece en libro sus cuentos y su poesía desde 20 años atrás. De 1978 a esta parte publicó dos pequeñas obras: *"Cero y van dos"* y *"El último marine"*, en las que con pluma recia y vivaz nos cuenta episodios de la lucha revolucionaria que acabó con la dictadura somocista.

En *"Un asunto de honor"* y *"El clavel y las rosas"*, el primero colección de cuentos y el segundo de poemas, Mendieta Alfaro se nos presenta no ya como el vigoroso cronista y periodista que conocíamos, sino como un escritor más completo con profundidad psicológica en la pintura de los personajes de su narrativa y con fuerza y versatilidad en su quehacer poético.

Cabe destacar el valor testimonial de la obra de Mendieta Alfaro, tanto en prosa como en verso. El, como tantos otros escritores nuestros, acuciados por nuestras ineludibles realidades sociales, ha bregado activamente en el campo de la política. El escritor no puede ocultar al político.

Destacan en este libro de Mendieta Alfaro el cuento *"Un asunto de honor"* que da título a la parte narrativa, y constituye un notable acierto de pintura psicológica, y el extenso poema *"Canto a Lincoln"*, en la línea de la *"Sonata a Alejandro Hamilton"* que no desmerece ante el poema del eximio Salomón de la Selva.

Julio Ycaza Tigerino